

CENIT

sociología
ciencia - literatura



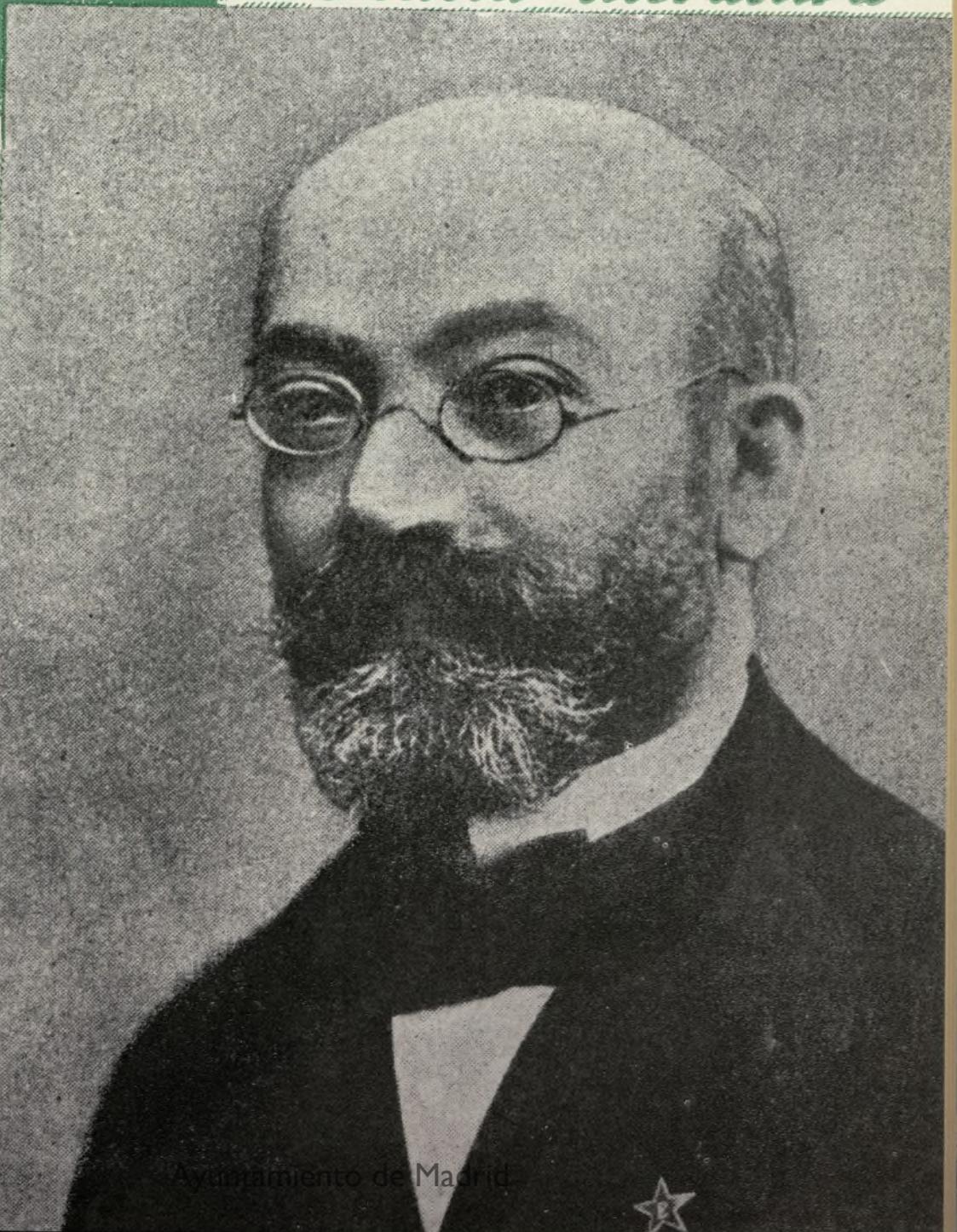
El culto al heroísmo. —
G. Baldelli: El budismo
Zen. — José Peirats: El hé-
roe de la revolución espa-
ñola. — Tres charlas en la
B.B.C. — Rodolfo Rocker:
De la España musulmana.
— Angel Samblancat: San-
tísimo sacramento social. —
Felipe Alaiz: ¿Qué hace ahí
ahí? — E. Armand: Notas
sobre la biblia. — Eugen
Belgis: Algo sobre la filo-
sofía viva. — Plácido Bra-
vo: De la sumisión a la re-
belión. — B. Milla: Obsc-
ción de la sangre en la poe-
sía de F. García Lorca. —
Selección de V. Muñoz: El
pensamiento vivo de José
Prat. — M. Celma: La vida
y los libros. — Microcultu-
ra. — M. Rama: Revolucion-
es sociales del siglo XX
(folletón encuadernable)

109

ENERO · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



Ayuntamiento de Madrid



NUESTRA PORTADA

Lázaro Ludovico Zamenhof

El año 1859, en la ciudad de Bielostok (Polonia) tuvo lugar el nacimiento del que más tarde se distinguió por haber legado a la humanidad el instrumento más perfecto que se conoce para facilitar la relación de hombres y pueblos: el Esperanto.

Hoy, con ocasión del centenario de su nacimiento, no ha habido país en donde no haya sido recordado con profunda estima y consideración. En el homenaje han participado todas las razas y todas las clases, lo que constituye ya un éxito incontestable de las ideas universalistas de Zamenhof. No se merecía menos el insigne filólogo y humanista. Pues que si la Torre de Babel fué creada por los dioses para confundir a los hombres, el Esperanto ha venido a decir que no hay dios que pueda contra la voluntad de creación conjugada por el cerebro y por el corazón.

Como Servet, como Copérnico, como Newton, Lázaro Zamenhof ha dado un mentis formal a la quimera de los deístas, que quieren legislar e interpretar al universo de una vez para siempre. Ante éstos, ante el hombre inquieto, los dioses, con toda su altivez, superchería y arrogancia han debido batirse en retirada.

En la obra de Zamenhof concuerdan tres cualidades que lo hacen inmortal: la del filólogo, la del humanista y la del sociólogo.

Estudiar la obra de Zamenhof y divulgarla es también contribuir a la regeneración humana, es también hacer la Revolución Social.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Camplo Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

Ayuntamiento de Madrid

CENITT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X

Toulouse, Enero 1960

Nº 109

El culto al heroísmo

EL héroe, la silueta romántica del hombre valeroso, genio de la acción individual, arrojado, magnífico y magnicida, empieza a acusar su decadencia con los progresos del psicoanálisis y la puesta en circulación del héroe de cartón. Una doble sincronización ofensiva tiende a borrar de la faz de nuestro mundo y de las páginas de la historia, el gesto épico, arrogante, de un solo hombre o de un número reducido de individualidades que levantaron en vilo una época, teniendo por musa a la justicia frente a la injusticia, a la libertad en beigerancia con la tiranía.

La ciencia se ha burlado del héroe interpretándolo como simple efecto de una secreción glandular, de anomalías orgánicas o fisiológicas. Cuando este método no ha bastado para ridiculizarle, se ha colocado detrás del héroe, de la acción del héroe, un simple motivo banal: una enfermedad incurable, la perfidia de una mujer o el mismo miedo, concepto rival del heroísmo.

La doble ofensiva contra el héroe es la más abyecta, la más irreverente, la que condensa mayor cantidad de sarcasmo contra la poesía épica que tiene por motivo al hombre en aras de la acción. Desde que el Estado pudo comprobar la trascendentalísima influencia del héroe fué montada una industria llamada a producirle en serie. Englobamos al Estado y a la Iglesia en la empresa explotadora del héroe manufacturado, hecho standard, según diseño apropiado a las necesidades de productores, distribuidores y consumidores.

El censo nutrido de santos, apóstoles y mesías responde a esta necesidad o demanda mercantil de héroes capaces de deslumbrar a los papanatas, consumidores éstos a la vez de rezos, comuniones e indulgencias. Los tonsurados, fabricantes de héroes, de héroes de martirio, martirizados o martirizantes marcaron la pauta de ensalzar al heroísmo a momias que vivieron hace centenares de miles de años, simples números o soldados de segunda en el acervo común de nuestros oscuros desaparecidos. La heroicidad no puede así ser discutida. No podemos impugnar a un héroe de las catacumbas de Roma, de los desiertos de Libia, de China o de la Conchinchina.

Nuestros Estados modernos, fabricantes a la cadena de héroes de cartón, han batido el record. En nuestros días se fabrica un héroe a la vista del público, sin recurrir al ilusionismo, caro al arte de la prestidigitación. El héroe se fabrica por mandato, por decreto, poniéndole una etiqueta de tal al primer restacueros con alma de bufón y cara de cemento armado.

Nadie es profeta en su tierra ni lo fueron, en consecuencia, los fabricados en España con barro de nuestro propio solar.

El héroe de cartón tiene como telón de fondo a la masa pegajosa, fanática, adocenada, educada para la procesión y para el desfile; para el desfile; para berrear himnos, ladrar consignas y hacer cabriolas con banderas y pendones.

Nosotros creemos en un solo heroísmo: el heroísmo del hombre, en lucha permanente contra su propia ignorancia, capaz de pulirse a sí mismo como se pule a un diamante. El autodidacta, el que es capaz de conquistar para sí un nuevo mundo, es decir, una cultura, robando horas al descanso, contando todos sus días y aprovechando todo su tiempo; aquél que no cree en el cautiverio de la cultura, en la cárcel de la universidad, teniendo por carcelero al Estado; el que, por el contrario, concibe libre y aprehensible la cultura y al alcance de nuestra voluntad pertinaz; el capaz de cincelarse a sí mismo de la tosquedad de los prejuicios; el que debe el ser hombre a su propio esfuerzo, es para nosotros el único héroe, hecho de luz y de bronce.

EL BUDISMO ZEN

SE nos repite todos los días en cada periódico y en cada emisión radiofónica, que el mundo está dividido en dos bloques, que hay conflicto entre Oriente y Occidente y que la suerte de la humanidad depende del resultado de este conflicto. Hay algo que suena a falso en estas afirmaciones. Pero la más insidiosa falsedad es la que pretende presentarnos al Oriente dentro de la ideología y estructura sociales de la U.R.S.S. y de China.

La ideología comunista es profundamente occidental por su dialéctica, por su materialismo y por su interpretación histórica basada en la lucha de clases, afirmando el predominio de la economía; por su fe en la ciencia, en la tecnología y en el trabajo; por haberse instaurado mediante el adoctrinamiento de las masas, la coacción y la fuerza; por su monopolio y planificación; en fin, por su negación de una región o de una actividad del espíritu. En cuanto a las estructuras sociales que le corresponden, no son muy diferentes de las que encontramos en los países capitalistas, ya sea porque éstas tiendan a reformarse tomando como modelo aquéllas, ya sea porque aquéllas estén dispuestas a apropiarse de las novedades y ventajas de éstas. El conflicto tan mal definido entre el Este y el Oeste, no es, pues, el choque de dos concepciones diferentes de la vida separadamente maduras por varios siglos de historia, sino una doble tentativa de dominación mundial y una amenaza de explosión y de desintegración de una sola civilización: la Occidental.

La ceremonia del té, el arte de las glorietas, la pintura de los Sungs, de los Sumiyes y de los Kanos, la poesía de Basho, la apacible simplicidad de la arquitectura japonesa, la técnica del jiu-jitsu (lucha japonesa) y de la esgrima, el código de caballería de los Samurai, he ahí algunas cosas, verdaderamente orientales, que hemos escogido y reunido porque todas ellas han sido producidas o fuertemente influenciadas por la misma filosofía: la de la secta budista Zen. Queremos referirnos a esta filosofía no sólo porque es típica y plenamente oriental, sino también, porque, nacida en la India y establecida en China, se ha extendido por fin al Japón, absorbiendo algo de estos tres pueblos, los más numerosos de Asia, y ofreciéndoles una visión del mundo y un método de vida comunes.

El budismo Zen es una filosofía y una religión con un centro de experiencia mística (satori) intransmisible. El esfuerzo intelectual es serio y sistemáticamente dirigido hacia la solución de problemas (koan) tales como los siguientes:

1.º Un sonido se produce aplaudiendo. ¿Cuál es el sonido producido por una sola mano?

2.º Erase una vez un hombre que tenía una oca metida en una botella. La oca engordó tanto que

ya no podía salir. El hombre no quería ni romper la botella ni hacer daño a la oca. ¿Cómo consiguió sacarla?

3.º Un hombre se mantiene por los dientes en la rama de un árbol y se encuentra en la imposibilidad de hacer uso ni de manos ni de pies. Se le pregunta qué es el Zen. Si no responde no puede satisfacer a su interlocutor, y si responde, aunque nada más pronuncie una palabra, caerá del árbol y se matará. ¿Qué haría usted encontrándose en su lugar?

Problemas complejos, sin duda. Y si leyéramos las anécdotas y los diálogos de los sabios y patriarcas de esta religión, nos creeríamos en un mundo de locos o de imbéciles. Por ejemplo, un fraile se presenta a Chau-Chou inquiriendo instrucción. «¿Has desayunado?», le pregunta éste. «Sí», responde el otro. «Ve a lavar tu taza», le dice Chau-Chou. Wu-Tsu, por otra parte, nos cuenta esta fábula: «Una vaca pasaba por una ventana. Su cabeza, sus cuernos, sus patas, pasaron sin dificultad, pero en cuanto a la cola, no hubo nada a hacer. No pudo pasar».

He aquí un fragmento de diálogo típico: — «¿Qué debo hacer, maestro, cuando me acerco a usted sin traer nada?» — «Echalo por tierra». — «Si le digo que no traigo nada, ¿cómo podré echarlo por el suelo?» — «Si es así, llévatelo». y Wieger concluye que «la literatura Zen se compone de cierto número de in-folios repletos de respuestas incoherentes y sin sentido... No son, como se ha supuesto, alusiones a asuntos interiores que sería necesario conocer para comprenderlos. Son exclamaciones escapadas a entontecidos, momentáneamente salidos de su letargo».

Pero Wieger no ha comprendido nada. La técnica del «koan», o problemas insolubles, tiene por objeto acostumbrar al espíritu humano a lo absurdo y a la vanidad de esfuerzos con el fin de fijar su vida en un sistema de verdades inmutables. Las respuestas y las acciones cómicas de los grandes maestros del Zen son, todas ellas, afirmaciones contrarias al espíritu de gravedad, contra el cual, Nietzsche se ha rebelado. La mayor parte de las estampas nos representan a estos grandes maestros excesivamente grasos o sonrientes, o bien, curiosamente feos y deformes. En sus tratamientos no existe el «reverendo padre» ni el «su santidad», sino unas formas parecidas a «mi viejo saco de arroz» y otras por el estilo. Uno de los patriarcas más importantes nos lo representan absorbido en la contemplación de un cangrejo, y otro divirtiéndose ante una pelea de gallos. Pensamos en Spinoza, quien reía locamente viendo el espectáculo que ofrecían dos arañas matándose mutuamente.

Empero los miembros de una comunidad Zen repiten cada día los votos siguientes: «Por numerosos

que sean los seres, yo me propongo salvarlos. Por inconmensurables que sean los destinos yo me propongo estudiarlos. Por exacerbadas que sean las pasiones, yo me propongo calmarlas. Por incomparable que sea la verdad de Buda, yo me propongo llegar hasta ella». Es difícil concebir que sin pasión sea uno capaz de sentir piedad universal; aunque para los budistas ésta haya dejado de ser idea y pasado a una realidad vivida. Y si nos parece ineficaz sólo obedece a que, para nosotros, la historia se hace todos los días, mientras que los budistas cuentan los años por millares.

Contrariamente a las otras órdenes monásticas, los frailes Zen, procuran vivir del producto de su trabajo. Ninguna ocupación es demasiado baja para ellos y viven muy simplemente. De acuerdo en esto con Aristóteles y la mentalidad clásica y medieval de Occidente, consideran, sin embargo, que la finalidad del trabajo consiste en asegurar el ocio. No se les puede acusar de ser explotadores o parásitos. Tampoco se puede decir que predicen un dogma o una ortodoxia ni de ser partidarios de una autoridad y una Iglesia organizadas. Al contrario. Nunca se ha lanzado un llamamiento a la búsqueda individual de la verdad, comparable al de Lin-Chi: «¡Vosotros que perseguís la verdad, si queréis comprender bien el Zen, no es dejéis engañar por nadie! ¡Si encontráis obstáculos interiores o exteriores, suprimidlos en seguida! ¡Si encontráis a Buda, matadle! ¡Si encontráis al patriarca, matadle! ¡Matad sin vacilar porque es el único medio de salvarse!» Algo así como si un sacerdote católico predicase a sus parroquianos: Si se oponen al desarrollo de vuestra alma, matad al Papa y a Dios.

Con un poco de sentido común nos daremos cuenta de que, cualquiera que sea nuestra orientación filosófica y política, no somos los únicos ni los primeros en buscar remedio a los males que aquejan a la humanidad. Tampoco puede decirse que seamos los únicos que vamos en busca de la verdad, ni que disponemos de medios excepcionales, o aún, que nuestra época esté especialmente marcada por un sino histórico y abierta toda ella al milagro de nuestra buena voluntad. Partiendo de este principio, quizá aprendamos algo del budismo Zen, aunque para comprenderlo y aprobarlo íntegramente tendríamos que analizar todo nuestro pasado, y desarrollo, y dejar de lado algo de nuestra formación de pensamiento y carácter.

Puede ser que esta filosofía y la nuestra se rocen en un punto u otro, y se parezcan como las hojas de dos ramas de un mismo árbol. Pero para penetrar en la conciencia de cada una y de manera orgánica se precisa recorrer largo trecho. Tendríamos, sobre todo y ante todo, que desprendernos de nuestro espíritu de curiosidad y de aventura; de nuestro gusto y automatismo de continua extensión; y, a renglón seguido, disciplinarnos de manera a no buscar nuevos principios y a no dictarnos nuevos imperativos cuando no sabemos adherir con escrupulosa fidelidad a los que tenemos y de cuya verdad ya nos hemos declarado persuadidos.

La sabiduría, sobre todo la oriental, es una manera de comprender la naturaleza y el hombre, de descubrir los destinos, de anexar las influencias recíprocas y de hacer latir el corazón del mundo al

unisono. Así descubre los principios y desarrolla las técnicas aplicables a las corrientes más diversas. El principio taoísta del «wu-wei» — uno de los pilares del jiu-jitsu — absorbido por el budismo Zen, nos parece rico en posibilidades sociales y políticas, principalmente cuando, como en nuestra época, un grupo pequeño y a veces un solo individuo, tiene que hacer frente a la fuerza muy superior del Estado.

«Wu-wei» es el secreto mediante el cual nos adueñamos de las circunstancias sin afirmarnos directamente contra ellas. Se da cuenta que fué descubierto por vez primera observando cómo las ramas duras e inflexibles de un árbol terminaban por romperse bajo el peso de la nieve, mientras que aquéllas que cedían a este peso se liberaban de ella por una sacudida producida en virtud de su elasticidad. Y Lau-Tzeu cimenta: «El hombre, cuando nace es tierno y flexible y a su muerte es rígido y fuerte...» Así, pues, la rigidez y la fuerza son aliados de la muerte, y todo lo que es flexible y suave es aliado de la vida». En el jiu-jitsu el atacado utiliza la fuerza, el peso y el arranque del adversario para llevarle a la derrota. El atacante, de por su mismo ataque se desequilibra. Un empujoncito en el mismo sentido de su ataque y un desplazamiento del obstáculo contra el que se creía chocar le envían a dar de cabeza o de espaldas por el suelo. Compete a los revolucionarios encontrar métodos parecidas para salvar vidas y libertades a cada nuevo ataque del Estado. La resistencia y la oposición frontal son quizá nobles y heroicas, sobre todo fáciles a imitar. Muy espectaculares. Pero es también de efectos desastrosos por la voluntad de opresión y de represión que aumenta en el adversario, afilándole los dientes y tornándole más homicida. Amaury de Rieucourt en su libro sobre los Césares antiguos y modernos ha descrito «que el compromiso es la esencia de las instituciones que perduran; y la refutación de todo compromiso proponíamos salvar». Igual ocurre cuando se trata de valores como cuando se trata de instituciones.

Otro principio de sabiduría que es toda una técnica aplicable, nos parece, a la protección del individuo y sus valores contra los ataques del Estado, es la acción inmediata. Un conocimiento exacto y completo de los golpes y de las llaves del jiu-jitsu, no serviría para nada si el que lo posee no sabe aplicarlo instantáneamente y sin demora cuando tal o cual movimiento del adversario le ofrece la oportunidad. A propósito del arte de la esgrima, el gran maestro Takuan explica: «La acción inmediata por tu parte conducirá inevitablemente a tu adversario a ser causante de su propia derrota. Debe ser como un barco deslizándose sigilosamente a lo largo de la corriente». En el Zen como en la esgrima, un pensamiento sin vacilación, sin interrupción, sin mediación tiene un gran valor. Por esto en el Zen se habla tan a menudo del rayo y de la chispa que brota del roce de dos piedras. Si das lugar a cualquier interrupción por cualquier causa que no está en relación vital con la situación, estás perdido. Ello no quiere decir que debas hacer las cosas inconsideradamente y deprisa. La simple presencia de este deseo en tí sería una interrupción... Deja tu defensa seguir el ataque sin un solo momento de inte-

El héroe de la revolución española

El héroe de la revolución española fué indiscutiblemente el pueblo. Ninguna revolución merece categoría de tal acontecimiento sin la fecundante intervención popular. En la gestación del hecho revolucionario intervienen innumerables factores. Partiendo de la significación humana anexa a toda empresa de actividad consciente, son dignos de ser enumerados la complejidad de factores en ella concurrentes, desde la acción de los individuos y grupos minoritarios, más o menos libres de escuela o disciplina ideológica, hasta la difusa avalancha popular, capaz por su fuerza y virtudes creadoras, de dar el toque definitivo, el golpe de gracia, soldar una expresión heterogénea en un objetivo común.

Dos puntos fundamentales valoran la intervención popular en los movimientos revolucionarios. Uno de ellos es el aspecto potencial. Las revoluciones reducidas a la acción de minorías o partidos confrontan el peligro de un fracaso inicial, con sus repercusiones regresivas, o una discutible victoria resuelta en sustitución de poderes, con el

rrupción y no existirán dos movimientos separados, conocidos bajo el nombre de ataque y defensa.

En Occidente, por hipertrofia prolongada se hace al contrario, sobre todo cuando la sociedad se impone al individuo. Nos decidimos finalmente a actuar cuando el contexto que reclamaba nuestra acción ha cambiado completamente, y nos mantenemos en la línea que habíamos elegido sin ver que nos aleja más del objetivo que deseábamos alcanzar. Así, alejados, vemos llegar los acontecimientos y gastamos nuestras energías tan sólo en la preparación para hacerlas frente, encontrándonos completamente desamparados en el momento en que otra cosa que teníamos al lado nos abrumba de golpe. En fin, queremos defender y salvar demasiadas cosas y corremos de una a otra sin lograr estar presentes ni actuar eficazmente cuando una de ellas se encuentra verdaderamente en peligro y podría ser salvada.

¿Acaso sueño?

¿No se verá nunca en Occidente que un revolucionario sea sabio o que un sabio esté animado de un espíritu revolucionario?

G. BALDELLI
(Tr. SAM.)

aditamento agravante de una recaída en la dictadura. Sólo el desbordamiento popular, la intervención del pueblo en la lucha, puede acumular la fuerza suficiente capaz de forzar ventajosamente cualquier combinación de obstáculos.

El segundo aspecto consiste en que la intervención popular representa por sí misma una garantía de amplitud y trascendencia en el hecho revolucionario. El pueblo en armas es el único capaz de imponer soluciones atrevidas y velar al mismo tiempo para que sus aspiraciones, largamente reprimidas, no resulten defraudadas.

Nos autoriza a catalogar las jornadas del 19 de julio de revolución popular la experiencia cosechada de la mayoría de los movimientos peninsulares. Estos movimientos adolecieron casi siempre de un contenido conspirativo-político o social-esporádico. De todos estos movimientos la revolución asturiana del 6 de octubre de 1934 alcanzó una de las mayores concreciones populares. Bien que, trazada de acuerdo a un plan político conspirativo, causa primordial de su intrascendencia localista, no se puede negar que, en la práctica, la entusiasta intervención del pueblo y la fuerte representación de definidos sectores de solera revolucionaria, supieron darle un contenido profundo que rebasó los cálculos de los políticos conspiradores.

Los repetidos intentos confederales fueron planeados sobre un cálculo optimista exagerado, sobreponiéndose el factor de improvisación esporádica al principio más elemental de técnica conspirativa. Lo único a tener en cuenta era la magnitud del ideal, la abnegación y la corazonada. Estos movimientos mostraron, sin embargo, que determinadas circunstancias de orden ambiental humano no son superfluas al logro de las finalidades de explosión revolucionaria, en cuanto con el contagio popular se relaciona.

Al hablar de determinismos circunstanciales, no aludimos en forma alguna al fatalismo económico campante profusamente en la no menos profusa (y confusa) literatura marxista. Aludimos siempre a factores de actividad humana. El principio de fatalidad implica la antítesis de todo principio activista. No puede uno ser revolucionario y creer a la vez en la fatalidad.

Tampoco creemos en la virtualidad infalible de una revolución preparada científicamente. Antes, al contrario, estamos convencidos de que la revo-

lución elevada a la categoría de técnica es uno de los más fuertes remaches de la dictadura. Los grandes estrategas revolucionarios de hoy son los grandes dictadores de mañana. Una revolución metodizada en su más mínimo detalle no puede dar otro fruto que el estado totalitario. Abogamos por una revolución popular en la que el pueblo tome parte. Para que esta revolución se produzca, es condición indispensable interesar a la multitud, conseguir arrastras al pueblo a la revuelta, librarle de las influencias fatalistas que operan sobre este pueblo por la vía de los atavismos.

Todo lo que tiene un pueblo de arrollador y temerario una vez puesto en movimiento, tiene de apático y medroso en la calma precursora de las grandes tempestades sociales. Aparte el prejuicio fatalista profundamente arraigado en el alma popular, influyen en ella el resabio sembrado por las supercherias de toda una serie de desaprensivos demagogos. El pueblo ha sido vendido repetidas veces por menos de cuarenta dineros a toda una casta de iscarotes, cuya misión ha consistido siempre en vivir de sus emociones. La verdad y la ambición vistió frecuentemente con ropaje de revolucionarios a tanda tras tanda de dudosos personajes. Y al pueblo, y nada más que al pueblo, tocó pagar por nuevos los platos rotos de todos los fraudes y fracasos. A la vuelta de cada decepción iba afirmándose el positivismo y el recelo. De ahí la leyenda del «pancismo» de la plebe, de nuestro olimpico con que le motejaron los corridos agitadores tan dados a tomarle el pulso en los mítines. Los oradores podrán obligar al pueblo a prestar solemnes juramentos de compromiso revolucionario. Los juramentos prestados frente a la tribuna ante la intimidación ceñuda de los destripadores de mitín, tienen la forma de una capitulación desesperada. Una multitud encerrada entre las cuatro paredes de un salón de actos es una guarnición asediada. La tribuna es una especie de casamata artillada desde donde se dispara al pueblo con andanadas a quemarropa. En estas trágicas condiciones, no hay más salida que capitular o morirse de asco. Y el público se venga de estas encerronas prodigando juramentos al barato que luego vuelve en perjurios.

La espontánea intervención popular puede lograrse mediante crisis emocionales o momentos psicológicos de gran repercusión en el ambiente y en la conciencia colectiva.

Esta circunstancia emocional fué el 19 de julio de 1936. La conciencia del peligro, el contagio de la pasión ambiente, el ejemplo de las valerosas minorías, provocó una de esas eclosiones acaecidas en la historia con intermitencias de siglos.

La intervención popular en la revolución de julio marca un jalón sin paralelo en la historia de todas las revoluciones. La grandiosidad de su ejemplo ha obligado a hacer justicia a gran número de personalidades, críticas especialistas en esta clase de acontecimientos. Aparte su eficaz intervención en la acción de armas, está la inmunidad observada con respecto a la plaga contagiosa de

los desórdenes de toda índole común en toda explosión revolucionaria.

El aspecto más feo y repugnante de toda revolución, el más explotado por la camada reaccionaria, es el que hace referencia a la criminalidad y el saqueo. A este respecto, dice bien a las claras el esfuerzo realizado por los tribunales deputativos franquistas para transformar los hechos de comprobada delincuencia política en hechos de delincuencia común. A falta de reales pretextos para deshonorar a un pueblo, cuya acción estuvo inspirada en la más estricta justicia, se vieron obligados a especular sobre las ejecuciones de curas, bien que ocultando estas ejecuciones tuvieran por fundamento la actitud rabiosamente beligerante de los falsos servidores de Cristo.

A falta, también, de cómo endosar el manido sambenito de robos y saqueos, no tuvieron escrúpulos en castigar como tales los actos de expropiación colectiva, efectuados, no sólo bajo control de organismos responsables, sino que bajo forma de un amplio y madurado criterio de función socializadora. Quiere decir que la revolución de julio tuvo en todo momento un alto sentido de responsabilidad y probidad justiciera. Si comparamos este hecho con algunos episodios de la revolución rusa, en que toda la pericia de los estrategas soviéticos no fué capaz de evitar el incendio de fábricas y edificios de utilidad pública, el saqueo colectivo y la destrucción por sistema de importantes industrias, la conducta del pueblo español resplandece por sus propios méritos.

El pueblo español no dió mejor ejemplo en la abundancia de los primeros tiempos que durante la prueba de hambre de los meses siguientes. Bajo los efectos de una guerra sin cuartel ni frentes definidos, sometido todo el territorio nacional a los efectos de la metralla, estuvo siempre a la altura de aquellos primeros momentos, arrostrando la escasez, el frío y las infaustas noticias de los frentes con un estoicismo espartano. El ejemplo de los evacuados de Aragón con motivo del empuje enemigo en la primavera de 1938 es digno de un aguafuerte goyesco. La forzada retirada del ejército tuvo siempre como fondo la evacuación voluntaria de los habitantes. Dos años de guerra y sufrimiento hallaron a toda una población heterogénea dispuesta a correr la misma suerte que los restos de las unidades destrozadas. Los pormenores de la evacuación de la zona del norte de España, bajo una lluvia de acero por tierra, mar y aire, son ejemplos multiplicados al infinito en todos los lugares de la España antifascista, resumidos en ese supertrágico colofón que tuvo por marco la frontera pirenaica y bajo forma del más impresionante éxodo que vieron los siglos.

Estamos seguros de no caer en una exageración si proclamamos al pueblo hispano héroe indiscutible del gran cataclismo que desató la ambición del mundo sobre el pacífico hogar de los españoles.

JOSE PEIRATS

Tres charlas en la B. B. C.

II

LA PROPAGANDA RELIGIOSA EN LAS ESCUELAS

C. A. Mace

Es el deber de los padres, naturalmente, el proteger a sus hijos contra la propaganda subversiva, y toda propaganda es subversiva si va encaminada a socavar las creencias y principios que el niño ha recibido de sus padres. Los padres no pueden eludir la responsabilidad de la inculcación de principios o la de transmitir a sus hijos sus propias creencias sobre la naturaleza de la vida. Los maestros, en general, reconocen este hecho. Un maestro de izquierda no debe intentar cambiar las opiniones políticas de los niños cuyos padres son de la derecha, y el maestro de derecha ejercerá la misma conducta cuando habla a niños de padres de izquierda.

Uno desearía que los mismos principios fueran aplicados en lo que concierne a las opiniones religiosas. No es menos subversivo, para un maestro cristiano convertir a los niños de padres agnósticos que, para un maestro agnóstico, socavar las creencias de los niños cristianos. Pero aunque no es menos subversivo es mucho más común. Lo uno es permitido por nuestro sistema de educación, lo otro no. Es comprensible de que los padres humanistas se inclinen a pedir de que a sus hijos no se les obligue a frecuentar clases de instrucción religiosa. No obstante, esta opinión, aunque comprensible, está expuesta a objeciones serias.

Existe una solución diferente y mejor. Algunos de los principios básicos están claros. Ellos encajan por igual a todas las conclusiones controvertibles y a todos los principios disputables. Ellos gobiernan los derechos y deberes de los padres cristianos en lo que concierne a la crianza de sus hijos, y se aplican a los derechos y deberes de los padres humanistas en lo que concierne también a la crianza de los suyos.

Los padres deben proteger a sus hijos, y para hacer esto, incluso el más democrático o pesimista de los padres, tiene que conducirse en lo que parece ser una forma autoritaria. A menudo deben decirle a sus hijos, «Debes de hacer esto, o no debes hacer lo otro, y debes hacer esto y no hacer lo otro, justamente porque yo lo digo. Más tarde trataré de explicarte por qué debes hacer esto y no hacer lo otro, y entonces serás capaz de comprender y decidir por ti mismo si llevo razón o estoy equivocado.»

Los padres deben tomar esta línea autoritaria para salvar a sus hijos de peligros físicos, para inducirlos a comer y beber las cosas que son buenas

para ellos y a no comer y beber las cosas que les puedan hacer daño. En el mismo sentido, los padres adoctrinarán a sus hijos con las creencias y principios que ellos consideran de importancia vital. Pero al tomar esta línea al parecer autocrática, los padres sensatos se prepararán para el Día del Juicio, no el día que suene la última trompeta, sino el día cercano, cuando los niños con todo derecho enjuicien el sentido, o sinsentido, común de sus padres. En realidad no se esperará a que los niños sean tan capaces como los padres para decidir sobre qué riesgos deben correrse de una forma razonable, qué debe comerse y beberse, qué debe creerse o no creerse y juzgar por sí mismos qué es bueno o qué es malo.

Los padres juiciosos no ocultarán sus propias creencias o excepticismos, pero en cuestiones de filosofía controvertibles, religión y política, deben decir tan pronto como sea oportuno: «Esto es lo que yo creo, pero puede ser falso. Hay otras gentes que tienen diferente opinión. Más tarde tú formarás tu propia opinión». El **Día del Juicio** se extenderá sobre muchos años y los padres sensatos seguirán una política de relajación progresiva de autoridad, de responsabilidad y de explicación progresiva de los fundamentos y razones de sus creencias y decisiones.

El cumplimiento de esta política puede llevarse despacio, sin apresuramientos. No existe razón de peso del por qué han de privarse a los niños del placer de los cuentos de hadas y de la mitología; a los niños les gusta creer que todos los cuentos son verdad. El que el niño crea en los cuentos de hadas, en el padre Noel, en la historia del Edén, en la de Jonás y la ballena o en la historia del pan y los peces, no puede acarrearle mucho daño. Es muy importante de que los niños adquieran un conocimiento bastante detallado y no de repulsión de la mitología griega, judía y cristiana. Sin esto ha de esperarse de ello el ser incapaz de comprender y apreciar muy poco el arte de occidente. Siempre habrá tiempo para que la cuestión, real o ficticia, se trate seriamente, lo cual se hará sólo cuando llegue a ser un asunto de interés serio para el niño mismo. Cuando la desilusión es gradual y continua, se hace proporcionalmente anodina.

Si, en los primeros años, los padres aceptan la responsabilidad de las creencias y principios del niño, cuando el niño va a la escuela esta responsabilidad debe ser compartida por los maestros. Y la dificultad que se presenta para los padres humanistas es que en nuestra sociedad la mayoría de los padres quieren que la instrucción cristiana se dé en las escuelas. ¿Qué pueden hacer, entonces, los padres humanistas?

Sería una equivocación pedir que al niño se le excluyera de asistir durante las horas de instrucción religiosa ya que el hacer remarcar el inconformismo del niño no tiene utilidad y es embrazoso. Los efectos de ansiedad engendrados de esta forma son incalculables, y, de seguro, malos. Buscar esta clase de protección es una equivocación general entre los padres cristianos, y a los humanistas deberían servirles estos ejemplos para evitar el error. Uno podía esperar de que los padres cristianos prefirieran el que sus hijos aceptaran sus propias convicciones después de considerar otras alternativas. Para los humanistas es aún más importante el que sus hijos acepten las concepciones humanistas después de familiarizados con los puntos de vista cristianos tal y como les son presentados por éstos.

En la adolescencia, naturalmente, los niños necesitan protección contra las altas «misiones» emotivas a que muchos quieren sujetarlos. Necesitan protección contra esa clase de propaganda religiosa que se propone llevar al ánimo de los niños la ansiedad y un sentido de culpa y de pecado. Contra este particular azar se obtiene una sólida protección por medio de la satisfacción de las afecciones naturales que producen un hogar alegre y jovial, un hogar donde los principios morales van unidos a un sentido de humor.

Queda el hecho de que algún riesgo hay que correr. La paternidad no puede ir apareada con la total libertad sobre la ansiedad. Los padres sufren con resignación cuando sus hijos arriesgan sus vidas por tierra, mar o aire luchando en una «guerra justa». Sufren con resignación cuando sus hijos arriesgan sus vidas por placer, escalando montañas, explorando cuevas o en carreras de coches o bicicletas. Ellos necesitan, además, ser bravos moral e intelectualmente. Necesitan sufrir con resignación cuando ven a sus hijos expuestos a la propaganda. En realidad, necesitan practicar una clase de virtud espartana al exponer a sus hijos en situaciones en las cuales se encontrarán con creencias erróneas.

Pero si el joven ha de ser expuesto de esa forma, se le debe de dar las armas de defensa propia. Por medio de la enseñanza temprana se puede hacer mucho en el arte de la discusión civilizada. Cuando el niño es bastante grande para boxear, es lo suficiente mayor para enseñarle a no dar golpes bajos. Cuando es bastante grande para argumentar, es lo suficiente mayor para llevarlo a los principios de la discusión racional. Se le puede enseñar progresivamente a no dejarse llevar por simples cuestiones y a distinguir las cuestiones reales de las meramente retóricas. Puede adquirir bastante habilidad en el conocimiento de asuntos baladíes.

Los humanistas tienen fundamentos sólidos para tener confianza. Cuando la relación entre padres e hijos es justa la balanza se inclina bastante favorablemente sobre la influencia de la casa. La balanza está propensa a inclinarse demasiado en este sentido y el mayor problema de los padres podría ser el de fomentar la independencia de opinión.

La educación humanista requiere una política a largo plazo que cubra todo el periodo en el cual el joven deba estar expuesto a la propaganda, contra propaganda y contra-contra propaganda. La instrucción religiosa en la escuela es la primera fase de esta exposición, pero los desvíos pueden ser corregidos por medio de entrenamientos dados en casa. Los padres sensatos que han hecho su labor debidamente, pueden observar con ecuanimidad y tal vez con cierta sorna, la habilidad con que los niños pueden contender primero con la forma más cruda de la propaganda y más tarde con la propaganda de un tipo más insidioso. Habrán realizado bien su labor proveyendo a sus hijos con las armas de defensa propia intelectual y así les habrán enseñado de qué forma emplearlas.

III

NINOS QUE QUIEREN LA RELIGION

Cyril Bibby

Los problemas presentados a los padres agnósticos, en un país oficialmente cristiano, son muy reales y tal vez éstos no tengan solución muy satisfactoria. Hace un siglo, en cierto sentido, eran mayores, pues los obstáculos sociales y legales para el humanista declarado eran enormes. Pero en otros sentidos las cosas se hacían más simples. Cuando la Iglesia pedía la aceptación de la simple cosmogonía del Génesis, cuando negaba el hecho de la evolución, cuando Dios era presentado como una cosa sofisticada pero aún esencialmente deidad gentilicia, los padres racionalistas no podían hacer otra cosa que ensayar de salvar a sus hijos del cajón mágico. Pero ahora que el vicario local cree tanto en Adán y Eva como podría creer en la existencia de duendes, ahora que la escuela dominical más próxima proyectará una película para ilustrar la selección natural y el cura discutirá gravemente hasta qué extremo y en qué sentido sería posible llamar divino a Cristo, ahora que la palabra «Dios» es a menudo usada meramente como una palabra convenientemente breve para todo aquello que no podemos comprender, los límites se hacen completamente confusos.

En un sentido, naturalmente, esto es una victoria para el humanismo. Si la creencia cristiana no es ya tan precisa como era, tal vez no sea tampoco tan irracional. Probablemente muchos humanistas habrán experimentado como yo que el debate con un clérigo modernista deja la impresión de que yo estoy tan cerca de ser cristiano como él. Más de una vez, en realidad, se me ha asegurado por mí propio contrincante, el cual no comprendía por qué yo me resistía a aceptar ese título.

Y ahí radica el quid de la cuestión. En muchos casos, cuando se discute, no es por pequeñas diferencias de interpretación sino por el todo de la integridad intelectual. No es que yo me debiera llamar cristiano, sino que muchos de los que se titulan a sí mismos como tales no deberían hacerlo. Y, si uno espera educar a los niños para la integridad intelectual, con la determinación de no someterse a la terrible presión del mundo moder-

no, ni a la conformidad externa— incluso en ausencia de convicción interna—, uno debe rechazar esa etiqueta aunque haya sido esquilada de su primitivo significado.

La primera prueba práctica del padre agnóstico, claro está, es la del bautismo poco después del nacimiento del niño. Uno comprende lo difícil que es oponerse a una costumbre común e incluso simpatizar con un temor de que uno pueda separar a su propio hijo de la relación formal aceptada con la religión organizada, pero yo me alegro de que mi mujer y yo no hayamos cristianado a ninguno de nuestros cuatro hijos. Al menos sabemos que no nos comprometimos a hacer promesas que para nosotros hubiesen sido deshonestas; y cuando los hijos han crecido e inquirido el por qué no fueron bautizados, creo han apreciado nuestra honestidad.

Todos ellos han querido ir con sus amigos a la escuela dominical y nosotros no les hemos coartado la voluntad; pero si nos chocó un poco cuando el mayor de los muchachos a la edad de dieciséis años declaró que quería bautizarse. Sentimos mucho de que el muchacho no vea las cosas como las vemos nosotros, pero comprendimos que para un muchacho de esa edad presentarse a la iglesia por sí mismo para una ceremonia usualmente llevada a cabo en la niñez, representaba cierta integridad moral y valor, y por eso gustosamente aceptamos su invitación para acompañarle en tal ocasión.

Confieso que encuentro la situación un poco confusa. ¿Por qué, me pregunto, conociendo la incredulidad de sus padres y no habiendo sido sometido a presión alguna por parte de ellos, él prefiere tomar ese rumbo? Tal vez, al evitar el riesgo de forzar nuestras opiniones en él, hemos dejado el camino abierto a las opiniones ortodoxas. ¿Hubiésemos obrado de una forma más inteligente manifestando honradamente nuestro escepticismo y criticando más abiertamente la instrucción religiosa que los niños reciben en las escuelas un año tras otro? ¿Deberíamos haber arriesgado el hacerles sentirse excepcionales y retirarlos de tal instrucción pretextando su inconsciencia? Yo no lo sé, no lo puedo comprender. Me consuelo pensando que, aunque sus creencias permanezcan inamovibles a través de sus años de estudiante, existen peores cosas que pueden ocurrirle a un niño que la de llegar a hacerse cristiano.

En situación de esta naturaleza, el padre racionalista hace bien el recordarse a sí mismo de que la esencia del racionalismo no es la oposición a una creencia particular, sino a la deshonestidad intelectual y al sostenimiento de creencias contra el peso de la prueba. No me cabe duda de que el peso de la prueba está contra la creencia cristiana,

pero estoy sujeto a reconocer que lo que mi hijo acepta es muy diferente de lo que a esta edad suya rechacé yo.

Cosas como los milagros bíblicos, el parto de la Virgen, etc., etc., les parece a muchas gentes jóvenes que se llaman cristianas completamente secundarias y que deben desecharse si uno quiere. Lo que pueda parecer ser un sentido más bien vago del *numinous*, una alta y generalizada creencia en cualquier deidad vaga que se hallaba manifiesta en Jesús el Nazareno, y argüir contra ella es tanto como pinchar en una almohada de pluma. Esto es desagradable para uno que prefiere declaraciones claras de credulidad o incredulidad; pero parece bastante libre de ataques.

Mientras nuestros hijos fueron jóvenes limitamos a conciencia los ataques sistemáticos dirigidos a combatir la mitología cristiana en la cual sabíamos se hallaban hundidos debido a la sociedad que les rodeaba. Nunca mantuvimos secreta nuestra propia incredulidad, pero siempre hemos estado preocupados al darnos cuenta de que el adulto resuelto y con conocimientos puede siempre poner al niño fuera de combate en un argumento, y hemos rechazado la estéril victoria que pudiera obtenerse de esta forma. Pues, después de todo, nos hemos preguntado, ¿vale más que el niño crea porque sus padres son polemistas efectivos que él crea porque sus vecinos creen? La gente como nosotros, en realidad, se halla inevitablemente en la desventaja de aquel que en la guerra observa las leyes de la caballería contra un enemigo que aprovecha todas las ocasiones, legales o no, para golpear.

Una vez los hijos llegan a la madurez y ya no hay riesgo de que podamos sobreponernos a ellos por nuestros mayores recursos de argumentos, debemos sin duda recurrir a lo que esté a nuestro alcance para hacerles ver claro. A lo mejor será muy tarde entonces, pero no veo otro camino abierto para un padre agnóstico que respeta la integridad de la personalidad de sus hijos. Afortunadamente existen otras cosas además de la religión para sentirse racional. Si los hijos de uno despiertan actitudes racionales hacia el gran problema de la paz y de la guerra, de población y el planeamiento de la familia, de las reformas sociales o de educación, algo se ha conseguido. Si aprenden a pensar honestamente sobre la carga de prejuicios tales como sexo y raza, o también política, eso ya es algo. Y si ocurriera de que ellos disfrutaran de la camaradería e ingresaran en el culto comunal de una iglesia, esa no es una cruz demasiado pesada para un padre (si es que un agnóstico puede usar la frase.)

Tra. J. RUIZ



De la España Musulmana

por Rodolfo **ROCKER**



I echamos una mirada a la historia de España, observaremos que al invadir la península ibérica los árabes, procedentes de Africa, el imperio visigótico se hallaba ya en estado de descomposición interior. Los godos, una vez sometido el país, habían arrebatado a sus habitantes vencidos dos terceras partes de su territorio y lo entregaron, a título de fundación, a manos muertas, a la nobleza y al clero. Esto dió origen a la formación, sobre todo en el mediodía del país, de un señorío de grandes terratenientes, junto con un rudo sistema feudal bajo el que fué decreciendo de una manera gradual el rendimiento del suelo. El país, que en otro tiempo, había sido el granero de Roma, esterilizóse cada vez más, hasta convertirse, en el decurso de algunos siglos, en un verdadero desierto. Las inhumanas persecuciones contra los judíos, especialmente en el reinado de Sisebuto —monarca entregado en cuerpo y alma a la Iglesia—, fueron un golpe terrible dado a la economía, puesto que el comercio y la industria, estaban en parte en manos de las comunidades israelitas. Promulgadas por Sisebuto una ley que ponía a los judíos en la disyuntiva de abrazar el cristianismo o ser marcados y vendidos como esclavos, emigraron cien mil judíos a las Galias y otros cien mil a Africa, sometiéndose al bautismo únicamente noventa mil. A esto siguieron las perpetuas luchas por la sucesión del trono, en las que desempeñaron no pequeño papel el veneno, el puñal, la traición y el vil asesinato. Sólo así se explica que los árabes pudiesen conquistar el país entero en tan breve espacio de tiempo y sin notable resistencia por parte de sus moradores.

Derrotado definitivamente el último de los reyes godos por el caudillo árabe Tarik, los árabes y sus aliados irrumpieron en el país con inmensas huestes, poniéndose entonces los primeros jalones de aquella brillante civilización que hizo de España, durante algunos siglos, el primer país culto de Europa. Este período se señala, por regla general, como época de la cultura árabe en España; pero esta denominación no es muy ajustada a la realidad, por cuanto los árabes propiamente tales, formaban una pequeña parte de las huestes musulmanas que penetraron en el país. Mucho más numerosos eran los bereberes y los sirios, a los que se agregaron gran número de judíos, los cuales tuvieron notable participación en la preparación y fomento de aquella civilización. Fué, sobre todo la lengua árabe la que sirvió de aglutinante para la

incorporación de razas tan diversas y de elementos étnicos tan distintos entre sí.

El país, completamente devastado por el feudalismo godo, se transformó en breve tiempo en un verdadero paraíso. Con la construcción de gran número de canales y la instalación de un sistema de riego por medio de canales secundarios y acequias, desarrollándose la agricultura en un grado tal que no lo había visto España anteriormente ni lo ha vuelto a ver jamás. En el fértil suelo español vegetaban la palmera, la caña de azúcar, el añil, el arroz y otras muchas plantas alimenticias que los árabes introdujeron en el país, el cual se hallaba poblado por numerosas ciudades, villas y aldeas, todas ellas a cual más floreciente. Según las descripciones de los cronistas árabes, España era a la sazón el país más rico en ciudades de Europa y el único donde el viajero podía atravesar, en una jornada de un día, dos o tres ciudades, además de numerosas aldeas. En el período de florecimiento de la civilización sarracena contábanse a ambas orillas del Guadalquivir seis grandes ciudades, trecientas villas y mil doscientas aldeas.

La minería, con el beneficio de las ricas venas metalíferas de las montañas, tomó un incremento nunca alcanzado ni siquiera en los tiempos actuales. Y a favor de este florecimiento de las industrias extractivas, en gran número de ciudades prosperaban las artes y la industria en general, difundiendo en todo el país el bienestar, dando satisfacción a las necesidades y mejoras creadas por la misma civilización. La industria textil, en sus dos ramas de hilados y tejidos, daba ocupación a más de dos millones de personas. Sólo en Córdoba, 130.000 personas vivían de la sericultura y de las industrias derivadas, y algo análogo ocurría en Sevilla.

En los numerosos talleres que funcionaban en dichas ciudades y otros lugares del mediodía de la península, se fabricaban los más finos paños, rasos, damascos y preciosas alcatifas, productos sumamente apreciados en el extranjero. Llegaron a obtener renombre universal los trabajos de filigranas y esmaltes de los árabes. Producía asimismo la España musulmana las armas más preciosas, los más variados objetos de guadamacilería, las más hermosas manufacturas de alfarería y cerámica (es célebre la cerámica hispano-morisca), cuyo glaseado de oro y reflejos metálicos no ha podido obtener hasta ahora la industria moderna.

Los árabes fueron quienes introdujeron en Europa el papel que, manufacturado en España, suplantó al pergamino, que era un producto mucho

más costoso. Finalmente puede decirse que no hubo en la España musulmana rama alguna de la industria que no llegase a su mayor perfección.

Corrió pareja con este brillante desarrollo de las artes y la industria el progreso de las Bellas Artes y la ciencia, habiendo llegado ambas a una altura que aún hoy nos causa verdadera admiración. En efecto, mientras en toda Europa, en los siglos X y XI, no existía biblioteca alguna pública, ni funcionaban más que dos universidades que justamente mereciesen el nombre de tales, en España, las primeras eran en número de más de setenta, y entre ellas la de Córdoba contaba con 600.000 manuscritos. En cuanto a universidades, tenían justo renombre las diecisiete que había en España, sobresaliendo entre ellas las de Córdoba, Sevilla, Granada, Málaga, Jaén, Valencia, Almería y Toledo.

De muy apartadas tierras venían estudiantes a cursar en las escuelas superiores árabes, llevando a su patria los conocimientos en ellas adquiridos, lo cual contribuyó no poco al ulterior despertar de las ciencias en Europa.

La astronomía, la física, la química, las matemáticas y la geometría, la lingüística y la geografía llegaron en España al nivel más elevado que en aquella época podía alcanzar. Pero la ciencia que rayó a especial altura fué la medicina, cuyo desarrollo era imposible en los países cristianos, puesto que la Iglesia condenaba con la pena de muerte la disección de los cadáveres. Artistas y hombres de ciencia se unían en asociaciones especiales para la prosecución de sus estudios y en todos los dominios de la ciencia se organizaban congresos regulares en los que se ventilaban las últimas conquistas científicas y se dictaminaba acerca de sus ventajas o inconvenientes, todo lo cual había de contribuir necesariamente a la propagación y difusión del saber en el campo del pensamiento científico.

Enorme fué la producción de los árabes en el terreno de la música y de la poesía, cuyas graciosas formas influyeron poderosamente en la misma poética cristiana de España. Lo que crearon en los dominios de la arquitectura es tan grande que linda con lo fabuloso. Desgraciadamente, la mayor parte de sus mejores construcciones cayeron derribadas por la barbarie de los cristianos, y aun allí donde el fanatismo de los adoradores de la cruz no pudo arrancar de cuajo lo existente, por lo menos satisfizo su sed de destrucción sectaria mutilando sin tino egregias obras de arte.

En pie están aún, como elocuente testimonio de la riqueza constructiva de aquella época singular, construcciones como el Alcázar de Sevilla, la Gran Mezquita de Córdoba y, sobre todo, la Alhambra de Granada, en las que el estilo arquitectónico hispano-árabe demostró haber llegado a su mayor perfección. En la Mezquita de Córdoba —que al ser expulsados los moros se transformó en templo cristiano—, la impresión de asombro que causaba su interior con las diecinueve puertas de bronce y las 4.700 lámparas, se desvirtuó en gran parte con la bárbara reforma que luego se hizo, tan desacertada que el propio Carlos V hubo de dirigir a los encargados de la obrería aquel merecido re-

proche: «Habéis construido lo que en otras partes hubiera estado igualmente bien, pero habéis destruido lo que era único en el mundo.»

Lo que dió al estilo arquitectónico hispano-árabe el carácter peculiar que le distingue de los demás, fué la profusión de esa rara ornamentación de las paredes e interiores que por antonomasia se llamó «arabesco». Como el Corán prohibía a los musulmanes la representación gráfica de la figura humana y de los animales, la fantasía mora recurrió a ese laberíntico juego de líneas, el cual, en su delicada e inagotable riqueza de formas, conmovió tan hondamente el espíritu, que pudo calificársele con razón de «magia de la línea».

El arte de los arquitectos disponía entonces de un campo tanto más dilatado cuanto que las ciudades tenían gran densidad de población y áreas muy vastas y espaciosas. Así, Toledo, en la era del florecimiento de la cultura árabe, tenía doscientos mil habitantes. Sevilla y Granada, 400.000 cada una, y Córdoba, refieren los cronistas árabes que comprendía más de doscientos mil edificios, entre ellos 600 mezquitas, 900 baños públicos, una universidad y numerosas bibliotecas públicas.

Es digno de notar que tan elevada cultura se desarrolló en una época de descentralización política que en modo alguno se hallaba influida por la forma de Estado monárquico. Incluso, al elevarse al Califato Abderramán III, se vió obligado a hacer las más amplias concesiones al sentimiento de la personalidad y al anhelo de independencia de que estaba poseída la población. Tenía el convencimiento de que una rigurosa centralización de las fuerzas del Estado había de provocar automáticamente un conflicto con las antiguas constituciones políticas de los árabes y los bereberes, conflicto capaz de conmover a todo el imperio. El país estaba dividido en seis provincias, administradas por una especie de virreyes. Las grandes ciudades tenían su gobernador, las pequeñas su *cadí* y las aldeas su juez subordinado o *hakim*.

«Estos funcionarios —dice el profesor Dierks en su «Historia de España»— en cierto modo no eran sino mediadores entre el gobierno imperial y los municipios, cuya administración era completamente autónoma, siendo esta autonomía ilimitada al tratarse de tribus enteras o de grupos de familias que hacían vida común. Tanto los árabes como los bereberes se regían por sus antiguas leyes y estatutos y no toleraban la ingerencia de las autoridades en los asuntos de sus comunidades. De igual libertad gozaban los cristianos, los cuales elegían de su seno a los condes, y éstos dirigían, junto con los obispos, la administración comunal, siendo responsables ante el gobierno no sólo del cumplimiento de los deberes ciudadanos por sus compañeros de fe, sino también de la puntual recaudación de los impuestos y gabelas. Los obispos, aunque debían su elección al libre voto de la comunidad, necesitaban la confirmación de los califas, que era como una transmisión del respectivo derecho de soberanía de que habían gozado los reyes godos. Análoga era la situación civil de los judíos, cuyos grandes rabinos figuraban casi siempre como jefes de la comunidad.»

Los soberanos de la dinastía de los Omeyyas, durante los trescientos años de su existencia, no lograron de hecho empuñar las riendas del Estado ni dar forma unitaria al gobierno de su país. Todo intento en este sentido condujo a sublevaciones interminables, a negaciones de impuestos, a la temporal defección de determinadas provincias y hasta a la violenta destitución de los califas.

Así, pues, el imperio era un organismo carente de verdadera trabazón, que se disolvió enseguida en sus componentes al renunciar Hixem III (1301) a su cargo de califa y abandonar los lugares de su primitiva soberanía. Fué entonces cuando el soberano dimisionario pronunció aquellas resignadas palabras: «Esta generación no ha nacido para mandar ni para obedecer.»

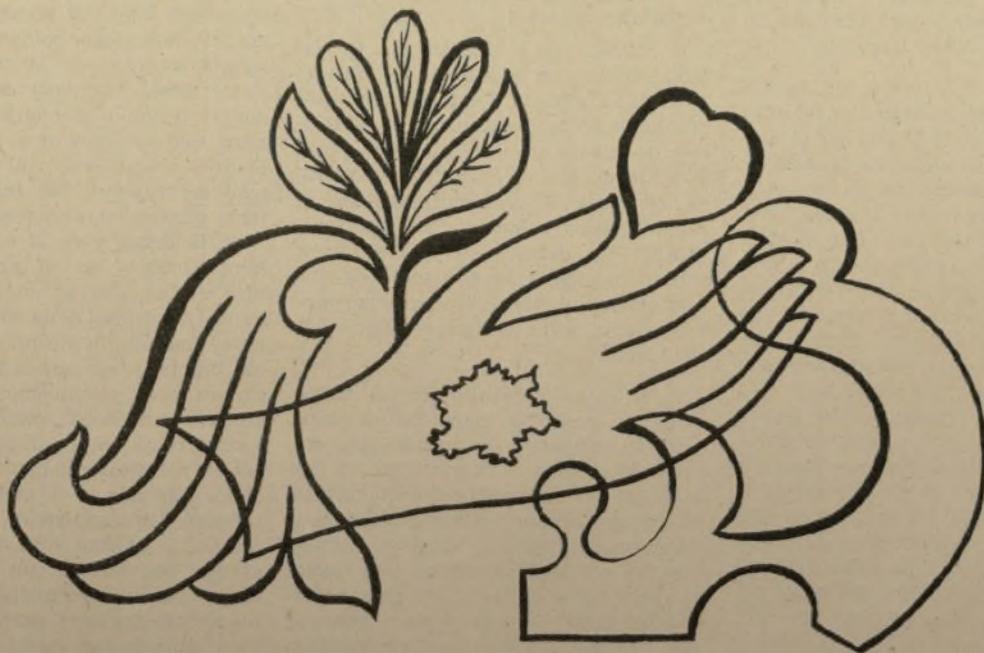
Córdoba se erigió luego en república, y lo que antes era imperio se fraccionó en una docena de «taifas» o pequeños Estados que no obedecían a gobierno alguno central. Y, sin embargo, entonces fué cuando la cultura sarracena llegó a su mayor grado de florecimiento y esplendor. Las pequeñas municipalidades rivalizaron entre sí esforzándose en aventajar unas a otras en el fomento de las artes y de las ciencias. La quiebra de la autoridad estatal no hizo la menor mella en la obra del progreso del espíritu, sino que, por el contrario, le dió gran empuje por no tener que soportar el peso de las limitaciones políticas.

También en la España cristiana se observa cla-

ramente cómo la marea del desarrollo cultural asciende o desciende, según el poder público ejerce su acción dentro de determinados límites o bien toma tales proporciones que rompe todo obstáculo interior y se adueña de todos los resortes de la vida social.

Derrotados los visigodos por los árabes, una parte del ejército de aquéllos huyó a la desbandada, refugiándose en las montañas de Asturias, donde formó un pequeño y mísero Estado, haciendo desde allí continuas irrupciones sobre el territorio ocupado por los árabes. Allí dió comienzo aquella interminable guerra entre la cruz y la media luna, que duró más de setecientos años y que dió origen a la estrecha colaboración de la Iglesia con la cruzada nacional hispánica, que había de imprimir en el subsiguiente Estado unitario español su sello característico y dar al catolicismo del país esa forma que no ha tenido en ningún otro.

Después, en el decurso de estas enconadas y sangrientas luchas, al llevar los moros decididamente la desventaja y perder cada vez más terreno, surgió asimismo, a principios del siglo XII, en el Norte y Oeste de la península, una nueva serie de Estados cristianos, como Aragón, Castilla, Navarra y Portugal que, a causa de las sucesivas disputas por la sucesión al trono, batallaron constantemente entre sí, no terminándose sus discordias internas hacia fines del siglo XV.



Santísimo sacramento social

ALBERT LONDRES escribió, hace algunos años, un libro — «Le Chemin de Buenos Aires» — sobre la trata de blancas, que a la sazón se venía haciendo entre el emporio argentino de la molienda y la carne de capolar, y los molinos y frigoríficos europeos de esa misma materia prima o elaborada. Citaba el repórter, entre otras Gomorras papales, a París, Marsella y Buenos Aires. Pero, se dejó en el tintero o la cinta de máquina varios mercados de Constantinopla o de esclavas turcas, con anillo en las orejas y la nariz, no menos célebres. Y no tendió tampoco el mondongo al sol a tan crispante problema, ni mucho menos. Francamente, para no llevarse en un paquete las entrañas de la vida en la punta del cuchillo, no vale la pena de mojar en la cazoleta de la tinta. Esta jicara contiene mucho más chocolate, del que en el bizcocho se lleva a la boca Albert Londres.

Un buñolero con tufos, de la cofradía de los que cargan las maletas y las alforjas del Gobierno en el exilio, me dijo a mí en la Esplanada de Montpellier o Monte de los pellejos, que él, para vivir en América, con la putilla tenía bastante. Con el mismo naranjero de morro girado o programa cristiano-social, viene a la trocha el señoritismo universo — de falda y calzón —; vino ayer a las Indias del mal vivir pretérito y nos asaltarán mañana si no hay Dios que se apiade de nosotros; lo que habrá que esperar sentados. A Buenos Aires se va por muchos caminos, que no son de perdición: el de sus agitaciones obreras; el de su producción editorial, un tanto chirle, pero a la que la intención salva. Mas todos nos enganchemos en la trasera del carro del Perón y la Perona del día. Por ahí se va hacia los sangrosos bisteces y los robustos chorizos.

Hay muchas clases de chulonería:

una, café, y otra, leche; y otra, café con leche. Quiero decir: una, mansa; otra, brava; y otra, mitad y mitad. Todos los que viven del cuento, pertenecen a gremios tan honorables. Y el cuento de la buena pipa nos lo coloca espalda alante, tanto el escriboteador que cubiletea con las canicas de la retórica, como el abarrotero que nos hace buenas o malas pesadas o pasadas — todas son peores —; como el empleado tumbón y chambón, si que mordelón; como el candidato político, prometedor de carreteras y ferrovías lácteurinarias, en las que su cabeza hecha gajos no serviría ni para engravar; como las sotas de la baraja, que eluden la dura ley natural del esfuerzo útil y doran al rey la corona y al caballo a zoqueta, diciéndoles que se oxigenan el aladar y se embuten la pantoarra en medias nylón sólo para agradecer a sus señorías.

Lo chulapo es el eje mismo de la falsa vida social a base de krumiraje y de dedos sueltos, hacia la que traidoramente nos ambientan la Academia de «dème acá», la literatería ful, el mitin de masas y masitas, la Prensa de presa, la Radioinfundación y radio infundibulación, la emiliana Iglesia, los salones en que se hace celeste música y se nos toca todo lo que acaba en ones, la barbería parlamentaria y las barbaries ruletera y panderetera.

Ir en pelo a caballo de un semejante es hacer la macarela en seco, aunque bebiéndole la espuma de cerveza de la sién a la montura. Y ni cabalgar a las bestias queda correcto, porque repetida y sabiamente han demostrado Swift y Vidal y Planas que los animales son muy superiores en personería a todos los personajes y a infinidad de personejas y presuntas personas. Todas las profesiones liberales son tinglados de sacamuelas a gatillo y mallette, puestos a medio

aire libre o serrano. De las otras tijerías o tijerenguerías sobran la mitad, porque en casi todas ellas hay un indito o negrilla que se desnalgua por un querido hermano en Cristo, al que mal rayo parta como a la virginidad de María. Todo el cafarnaum del comercio, la industria y la propiedad rústica y urbana, está montado a base de baratería y baratura, es decir, de explotación cuatrería y de arte de hacerse caldo con los huesos y la pulpa de otrí.

El fotomontaje faringo-laríngrupal o hipismo que lustran e ilustran tomaduras de rizo sangrientas, suele estar doblado de violencia barbarocrática y sazonado con fuetazos que hacen un cielo azul de nuestros sufridos lomos. Todo poder incluso constitucional es un maquerotaje absoluto. Y tanto reina sobre mí el rey o presidiante, digo, Presidente que me ahoga bajo sus posas floridas, como el curandero bolchevón que me sangra a golpe de lanceta de Marx y me arrea lavativas desparranciburadoras; o como la monjita que se figura que me envían a la isla María Madre, a que ella, al empuñar el cazo del rancho, me robe el tocino, para dárselo al que reza.

En la tierra y en el cielo, en la filomenosofía y en el arte, sólo hay una verdad, que ni un millón de caballos eléctricos o de vapor mueven. Esta: todo el que no produce más que en hipótesis, es un ladrón pregonado en tesis archidemostradas y en síntesis; un chacal, sediento de monstruos; y un hi de impúdica, del tamaño del Popocatepetl. El baño de sudor honrado es el que de un modo positivo hace esplendor sobrenaturalmente al galeote más verdugable; y el que convierte a un pocero en el ángel de una Anunciación. Y todo lo demás, desde el garrote del garrotero autoritario hasta la tiara de S. S. es chulería.

ANGEL SAMBLANCA

luchar durante varios días, y se tuvo que mandar tropas desde Petrogrado. Pero en general, lo mismo que en Marzo, las demás ciudades adoptaron por telégrafo lo que se había hecho en Petrogrado.

En ese manifiesto redactado por Lenin, en que se entregaba al Congreso Panruso el poder—un poder que no había buscado ni pretendía—, el Soviet de Petrogrado anuncia todo el programa de los próximos meses. «El Poder de los Soviets propondrá una paz democrática inmediata a todos los pueblos, y un armisticio inmediato a todos los frentes. Asegurará el paso sin indemnización de la tierra de los grandes terratenientes, de las tierras patrimoniales y de los conventos, a los comités campesinos. Defenderá los derechos del soldado, llevando a cabo la completa democratización del ejército. Implantará el control obrero sobre la producción, asegurará la reunión de la asamblea constituyente en el plazo acordado, se preocupará de abastecer a las ciudades de pan y al campo de artículos de primera necesidad. Y garantizará a todas las nacionalidades que pueblan Rusia el verdadero derecho de determinación».

En una sola sesión Lenin propuso los famosos tres decretos con que se inicia la administración soviética. Decreto primero «Rusia propondrá a sus enemigos y a todas las demás potencias una paz sin anexiones ni indemnizaciones». Decreto segundo «Se declara abolida la propiedad privada y todas las propiedades que se indican pasan a ser administradas por los soviets de campesinos». Decreto tercero «A partir de este momento todas las empresas que empleen más de cinco obreros serán administradas bajo la dirección de un soviets de los obreros de la empresa». Esto se hizo en una sola sesión. En el decreto sobre la tierra alguien le interrumpió, diciendo que era una copia del que habían hecho antes los social-revolucionarios en el congreso campesino que se había celebrado anteriormente. Lenin dijo, que efectivamente era así y que no interesaba, porque si las ideas eran buenas ¿por qué no iba a aceptarlas?

El Congreso, en el que tenían mayoría los diputados bolcheviques y sus aliados los social-revolucionarios de izquierda, los mencheviques internacionalistas, los sindicalistas revolucionarios y los anarquistas, que formaban todos la extrema izquierda socialista aceptó todos estos decretos, y acordó inmediatamente designar para presidir el país un Consejo o Soviet de Comisarios del Pueblo. En él figuraban en su mayoría los bolcheviques, con figuras que iban a ser famosas como Lenin, Trotsky, Stalin, Kollontay, etc., figuraban también social-revolucionarios, de los cuales el más conocido era Steimberg, perteneciente a un grupo socialista

bolcheviquismo de diferente con el resto de la social-democracia se debe a las condiciones especiales de Rusia, que hacía que, una doctrina meramente reformista al estilo occidental no se adaptase al atraso y las necesidades del país. Los hechos revolucionarios proporcionaron enseñanza y fueron un estímulo para el pensamiento de los escritores del tipo de Plejanov, Lenin y Trotsky. En el caso de Lenin es interesante seguir como cada una de sus obras, significaban un paso en la elaboración de una doctrina política original—naturalmente dentro del marxismo— que será conocida más tarde con el nombre de Leninismo.

La tercera etapa del estudio de las Revoluciones rusas corresponde al periodo que se abre con la reacción contrarrevolucionaria frente a la revolución de 1905-1908.

Esta reacción es conocida por los rusos, con el nombre de la reacción «stolipiana», del nombre del primer ministro de Nicolás II y se extiende de 1908 a 1912. Es una reacción en el sentido más lato de la palabra (represión, cárceles, confinamiento, deportación, etc.) pero además supone un intento inteligente de crear en el seno de la sociedad rusa grupos sociales fieles al viejo orden, y no contaminados—como se decía ya entonces— por el virus revolucionario.

La pieza más importante de esta política, es la ley agraria del 14 de junio de 1910, que no era de reforma ni de organización, sino com odecían los campesinos de entonces «de desorganización agraria». Tendía a destruir la unidad comunal campesina, El Mir, quebrando la existencia del usufructo comunal de la tierra, y en segundo lugar, permitía a los campesinos medios y acomodados dividir las propiedades comunes, para crear una clase media o burguesía rural, naturalmente con intereses conservadores, que debiera quedar vinculada a la reforma, y por lo tanto apoyar al régimen.

Del éxito de esta política nos da una idea que, en diez años se separaron de las comunas agrícolas nada menos que el veinticuatro por ciento de los antiguos comuneros, que convirtieron en propiedad privada 18 millones de hectáreas.

Simultáneamente, se propicia un vasto movimiento para desplazar a los campesinos pobres hacia las tierras de colonización de Siberia. Entre 1906 y 1910 dos millones y medio de campesinos pobres colonizan Siberia, Asia Central y Extremo Oriente, en un enorme movimiento migratorio.

Este periodo corresponde—como siempre sucede a los momentos de reacción— a una crisis del punto ideológico en los partidos revolucionarios. Los social-revolucionarios en 1906 ya se habían dividido en dos alas, la derecha llamada «Partido Socialista Popular del Trabajo», y la izquierda los llamados «Social Revolucionarios Maximalistas» cuya

tendencia es terrorista, y con una ideología que tiene ciertas vinculaciones anarco-comunistas. Los social-demócratas en el Congreso de enero de 1912, celebrado en Praga—que es el sexto Congreso del Partido Socialista ruso—la mayoría bolchevique nombran un Comité central presidido por Lenin y acuerda definitivamente expulsar a la minoría menchevique separándose en dos partidos.

En esta época es también la aparición de algunas de las obras fundamentales de la literatura marxista rusa. En 1909 aparece el libro de Lenin «Materialismo Empírico-crítico», fundamentación de corte filosófico y frente a las nuevas corrientes de la época y que—según algunos autores—podía dar nuevo fundamento a la interpretación marxista. En 1913 dos libros fundamentales sobre el problema de las nacionalidades—que para los rusos tenía tanta importancia—de que son autores Lenin, «Apuntes críticos sobre el problema nacional», y Stalin «El Marxismo y el Problema Nacional». De esta obra nada menos que Trotsky ha dicho que es una obra notable, cosa que sorprende, pero a continuación agrega: «Lo que pasa es que no la escribió Stalin sino el propio Lenin».

En 1912 comienza a aparecer el periódico «La Verdad» («Pravda»), cuya dirección está compuesta por nombres—que entonces contaban tan poco—como los de Lenin, Stalin y Molotov, su primer secretario de redacción.

Es a partir de esa fecha que se inicia una recuperación de los elementos revolucionarios, que tratan con dificultades pero eficazmente, de retomar el ascenso revolucionario anterior de 1905.

En 1910 muere el famoso Conde León Tolstoy. Los estu-diantes hacen una comitiva fúnebre con sentido de protesta, y también en ese año comienza a conmemorarse con regularidad el «domingo sangriento» del 9 de enero de 1905, en que había sido masacrada la multitud de Petersburgo. Las celebraciones del 1º de mayo también son hechas con un gran entusiasmo.

Algunos hechos aislados muestran el cambio, y de nuevo la marea ascendente corresponde a los elementos opositonistas. En el año II por ejemplo, en los yacimientos auríferos de Lena, al norte de Siberia y a 1700 kilómetros de la vía férrea más próxima, cinco mil obreros se declaran en huelga, chocan con la policía, y hay doscientos cincuenta muertos. Esto conmueve al país. Cuando en 1912 se celebra el 1º de mayo, los manifestantes en Petersburgo son 400 mil.

Frente a la marea revolucionaria que asciende el gobierno no sigue actuando con las conocidas medidas represivas y toma algunas incluso extraordinarias. Así propicia la creación de grupos de terrorismo llamados «Las Centurias Ne-

Otro segundo aspecto en que había discrepancia entre el anarquismo y el marxismo era a propósito del problema del centralismo y del federalismo. Ya Marx sostenía el centralismo contra el federalismo de Proudhon y Bakunin.

La posición de Lenin al entrar en la Revolución es su- gestiva. El se manifiesta rotundamente marxista, es un epí- gono de Marx, pero también ataca con una violencia verbal — que caracteriza los escritos de esta época; y especialmente los suyos, las ideas de los socialistas moderados, como Berstein, Kautsky, etc., en quienes ataca realmente a Kerensky, en ese momento su rival. Defiende la tesis de un marxismo revolucionario, contrario al moderado, oportunista, reformista, de la derecha del socialismo y hasta reconoce en el anar- quismo la calidad de una corriente ideológica auténticamen- te revolucionaria.

Lenin escribió hasta el capítulo séptimo, que se titulaba «Leciones de las Revoluciones rusas de 1905-1917». Cuando publicó el libro en 1918 agregó, con mucha razón, que cuando iba a escribir ese capítulo séptimo tuvo que volver a Petrogrado para hacer la Revolución, y como es mucho más apasionante hacer la Revolución que escribir sobre ella, pre- firió dejar el libro inconcluso.

Realmente el libro es un folleto, no tiene más que ciento y pico de páginas, pero es la obra maestra de Lenin, y ya un clásico de la literatura política. La digresión es oportuna para mostrar como la preparación y la elaboración de la ideología marxista-leninista—como se llamará después—marcha paralela al curso de los hechos, se fragua al correr de los hechos.

La manera como se produce la Revolución, tal como la refiere el norteamericano Reed, es que se aprovechó la con- vocatoria del Segundo Congreso Panruso de los Soviets en Petrogrado, para realizar, antes de su reunión inicial, un golpe de Estado, por el cual se expulsó al gobierno provisio- nal. Este fue defendido solamente por dos unidades milita- res, un regimiento de junkers, barones alemanes, y un ba- tallón de mujeres.

El Soviet de Petrogrado atacó con la «guardia roja», que había sido creada por el comité al mando de Trotsky. Ke- rensky expulsado de la ciudad se dirigió al ejército. Al fren- te de tropas de choque atacó Petrogrado, pero su intento fue liquidado en diez días y también un motín auspiciado por la Duma Municipal, es decir por el Consejo Municipal, donde también dominaban los socialistas moderados. El So- viet de Petrogrado se presenta ante el Congreso Panruso y dice: «Le hemos quitado el Poder al gobierno provisional, y ahora lo tienen ustedes. Los Soviets de Rusia».

En el resto de Rusia, por ejemplo en Moscú, hubo que

gras», que podríamos llamar «fascistas» —aunque el fascismo entonces no se ha inventado— que representan a la ultraderecha. Estos grupos, realizan actos de anti-semitismo, especialmente grave porque en Rusia había la llamada «zona de residencia judía», que abarcaba las provincias occidentales (Lituania, Polonia, Estonia, etc.), en las cuales vivían seis millones de israelitas.

En general se trata de hacerlos aparecer ante la población ignorante como los causantes de sus desgracias. Se organizan sistemáticamente los famosos «pogroms» rusos, palabra que ha quedado universal para designar las persecuciones contra las poblaciones judías. Un famoso proceso en el año 11, acusa incluso a los judíos de asesinatos, para provocar el odio popular contra ellos.

Un segundo aspecto de esta reacción es la decisión adoptada por la tercera Duma que resuelve rusificar a todos los no rusos, y convertir a la ortodoxia a los no ortodoxos.

Esta fórmula geométrica que significaba reforzar la dominación imperial que se tenía sobre los pueblos coloniales (del Asia Central, los propios judíos, georgianos, etc.) y, por otra parte, exigir a todos que fueran rigurosamente ortodoxos.

Con anterioridad grupos religiosos —algunos de ellos ayudados por el propio León Tolstoy— habían comenzado a emigrar fuera de Rusia, por la exigencia de la jerarquía eclesiástica de la ortodoxia, de obligarles a aceptar todas y cada una de las prescripciones que establecía el Sínodo de Petersburgo.

En estas condiciones, y con esta situación tan especial, Rusia entra en la guerra de 1914. Una guerra que, como de costumbre, la gente de Palacio creyó corta y gloriosa para sus armas. Pero guerra que realmente significó la tumba de la dinastía, del régimen aristocrático y en definitiva el primer episodio de la revolución de 1917.

Para hacernos una idea de como Rusia entra en la guerra digamos que por entonces se había marcado todavía más su dependencia frente al capitalismo extranjero. Un 52 % de las empresas metalúrgicas; un 42 % de todo el capital bancario, y un 69 % del capital de las Sociedades Anónimas era extranjero. Prácticamente un consorcio de banqueros franceses, ingleses, alemanes —pero en su mayoría franceses—, manejaban las ingentes riquezas de este país inmenso.

El mismo hecho que las formas superiores del capitalismo tan tardíamente llegasen a Rusia, explicaba que ésta tuviera cierta modernidad. Así el 53 % de todos los obreros trabajaban en grandes empresas que empleaban más de quinientos obreros.

La guerra fué especialmente adversa para Rusia que fué

cial-revolucionarios de izquierda, los llamados mencheviques internacionales, en el mes de junio consiguieron mayoría en el Soviet de Petrogrado, y en casi todos los soviets obreros y de soldados.

Los bolcheviques y los grupos de extrema izquierda que en el mes de marzo eran una infima minoría, ahora son mayoría. La consigna que en abril había adelantado Lenin de «todo el poder del Estado a los Soviets de Diputados obreros», ahora es agitada con vigor por bolcheviques y grupos de la extrema izquierda, para los cuales esa transferencia del poder significa ponerlo en sus manos.

Cuando está madura la situación, en pocos días se produce la Revolución de octubre. Un periodista norteamericano, John Reed, ha escrito tal vez la obra más interesante sobre esta época, que se titula sugestivamente: «10 días que conmovieron al mundo», y el subtítulo es «Cómo asaltaron el poder los bolcheviques».

Octubre es un movimiento dirigido por una pequeña minoría que desplaza a un gobierno desacreditado e impopular. El llamado Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, creado so pretexto de defender a Petrogrado frente a la invasión de Kornilof, está a cargo de Trotsky, que será el Ministro de Guerra —digamos— de la Revolución. Trotsky, se ocupó de la organización de este golpe de fuerza, pues Lenin debió expatriarse de nuevo después de junio, y vivió en Finlandia. Allí escribe numerosas cartas dando sus puntos de vista sobre la marcha de la Revolución, y dedica su ocio forzado a escribir su obra máxima «El Estado y la Revolución». En esta obra —muy sugestiva— analiza el tema realmente más delicado del punto de vista de la ideología socialista: cómo se ejerce el Poder en el proceso revolucionario.

Marx había sostenido que el Estado es el gerente de la dominación de las clases privilegiadas, y que está unido a su misma existencia. Una vez que se produjera la Revolución, el Estado debe extinguirse, pero discrepaba con los anarquistas, pues éstos son partidarios de la abolición del Estado. Esta cuestión parece que fuera de palabras: extinción o abolición. Pero en los escritos de Marx, especialmente en la segunda parte de su vida, hay muchas afirmaciones a favor de una especie de etapa posterior al estallido de la Revolución, y anterior a la extinción del Estado, que correspondería a la llamada «dictadura del proletariado». La violencia que está unida al Poder hasta la Revolución, ejercida por la clase burguesa contra las clases inferiores, ahora la utiliza la clase proletaria contra sus enemigos, la reacción y la propia burguesía. Toda la dinámica del Poder está en este asunto: ¿cómo se ejerce esa dictadura del proletariado?

tal vez el país que pagó más duramente su cuota de ruina.

En grandes números, Rusia había movlizado 14 millones de hombres, de los cuales dos murieron, fueron heridos o quedaron mutilados, otros dos fueron hechos prisioneros y un millón y medio desertaron. En el frente principal perdieron Polonia, Lituania y las Provincias Bálticas, y se comenzó a luchar por la posesión de la Rusia Blanca.

Todo esto se explicaba por la situación interior del país, y muy especialmente la desorganización y atraso de la economía rusa. Estando el país en guerra, lo lógico era que se multiplicaran las cifras relativas a la producción, y que el rendimiento industrial del país fuese más grande que antes de la guerra. Sin embargo, en 1910, la superficie sembrada en Rusia es 85 % menor que en 1909, y la metalurgia reduce su rendimiento en un 50 %. Los obreros movlizados en un 40 % no han sido reemplazados. La falta de combustible, desorganización del transporte, de la circulación monetaria y desocupación obrera, va creando interiormente en Rusia un cuadro de desastre que explica que aparezca el hambre. Se forman «colas» de racionamiento para toda clase de productos, incluso los alimenticios. Hay racionamiento hasta para la población militar, y las necesidades del ejército, inclusive en armas y municiones.

Una guerra ofensiva, una guerra en pro de una política de bloques no era popular. Cuando se suman todas estas situaciones, y los problemas del frente interno, se crea en Rusia un clima especial, sin cuya comprensión es imposible comprender el estallido revolucionario de 1917.

La actitud ideológica de los grupos de la oposición frente a la guerra, sin embargo, no era homogénea. Los partidos que podríamos llamar burgueses, como KDT, «coctabristas», partidos progresistas, y opuestos al zarismo, nacidos de la revolución de 1905, apoyaban la guerra, e integraban las «Juntas de Producción de Guerra», aunque, naturalmente, deseaban que la guerra se llevase de una manera más eficaz.

En la extrema izquierda los social-revolucionarios y los social-demócratas mencheviques, también en su mayoría, fueron partidarios o se manifestaban indiferentes frente a la guerra. En cambio el partido mayoritario social-demócrata o bolchevique, se manifestaba oficialmente contra la guerra. El partido ruso fué el único de los socialistas que calificó la guerra de imperialista, y que reclamó a los demás partidos socialistas de Europa, que cumplieran las disposiciones adoptadas en sus Congresos condenando el belicismo, y por la fraternización de los proletarios del mundo.

Esa había sido la idea de Jean Jaurés hasta la víspera del propio conflicto y la testitura sostenida tradicionalmente

bolchevique. La más importante de las tesis era: «Ni el menor apoyo al gobierno provisional. Demostrar la falsedad absoluta de todas sus promesas, principalmente, la renuncia de las anexiones. Desemascara a este gobierno, que es un gobierno de capitalistas. En vez de exigir que deje de ser capitalista e imperialista—cosa inadmisible y que no hace más que despertar ilusiones—». En cuanto a la manera de actuar dice concretamente esto: «Mientras estemos en minoría desarrollaremos una labor de crítica y de esclarecimiento de los errores. Propugnando al mismo tiempo la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los soviets de diputados obreros, para que sobre la base de la experiencia las masas corrijan sus errores».

Lenin consiguió a fines de abril, que su partido aceptara esta política y pasara a la oposición. A fines de abril hubo un congreso del partido bolchevique, al que asistieron delegados de 70 mil miembros, la inmensa mayoría reclutados desde el mes de marzo en adelante. De ellos, 15 mil vivían en Petrogrado. En este puñado de gentes los antiguos revolucionarios, los que tenían una formación anterior a la guerra, no pasarían de dos o tres mil individuos. Con esa minoría, rigurosamente disciplinada, encuadrada por líderes de talento y audacia, los bolcheviques lograrán sus objetivos políticos.

Simultáneamente, y esto precipita la ruina del gobierno provisional, en las provincias los campesinos por su cuenta—como sucedió en su momento en la Revolución Francesa—comienzan a ocupar las tierras de los conventos, expropiar los campos de los nobles y las tierras baldías. Son dirigidos por los soviets de campesinos de cada aldea, en que había campesinos ricos y pobres, pero esto era algo diferente y nuevo, que no se hacía de acuerdo a ninguna orden ni decreto.

En el mes de julio se reúne en la capital el primer congreso Panruso de soviets campesinos, donde predominan los social-revolucionarios, que era el partido agrario por excelencia, y se acuerda reclamar la abolición de la gran propiedad y de todas la propiedad de nobles, dominiales y religiosas. Esta aspiración, en la práctica se está entonces realizando incluso contra la voluntad del gobierno.

Es curioso comprobar que en este momento revolucionario el gobierno provisional no se animó a implantar la jornada de ocho horas, medida que estimó demasiado arriesgada.

Estos socialistas tan moderados terminaron por pagar el error de su moderación con su caída. Las masas comenzaron a abandonarlos, los partidos de la extrema izquierda, los bolcheviques, los grupos anarquistas, sindicalistas, so-

por la social-democracia de la Segunda Internacional. Llegada la guerra, tanto los socialistas franceses, como los alemanes, no solamente votaron los créditos, sino que por «la defensa» de sus respectivos países, apoyaron la política belicista, entrando en Gabinetes de unión nacional.

El grupo mayoritario bolchevique reclamó el cumplimiento de las disposiciones anti-bélicas del Socialismo internacional, y fué apoyado por grupos minoritarios de otros países que estaban al margen del conflicto. En Suiza, en las localidades de Zimmerwald y Keinthal se hicieron varias conferencias internacionales, que algunos autores han llamado «las conferencias de la Segunda Internacional y medio», porque son reuniones que van preparando lo que será después la Tercera Internacional.

Se caracterizan por un espíritu anti-bélico, pacifista, y en segundo lugar, revolucionario, contra el reformismo que primaba en la mayoría de los partidos socialistas occidentales.

Pero la eficacia del bolchevismo en ese sentido, fué relativa. A Lenin lo sorprendió la guerra en Austria, y de ahí fué expulsado a Suiza. Trotsky estaba en Inglaterra, y de ahí se dirigió y enviado a un campo de concentración en Nueva York y Stalin había sido deportado apenas comenzada la guerra, a Siberia. La eficacia dentro de Rusia del movimiento bolchevique contra la guerra, en esos primeros momentos, fué muy poca. A medida que se ampliaba el cima de desastre era natural que los bolcheviques comenzaran a tener cierta audiencia, lo mismo que otros sectores minoritarios, como el ala izquierda de los social-revolucionarios, los sindicalistas de izquierda y los anarquistas, que compartían también el criterio favorable a la paz y contrario a la autocracia.

A fines de 1916 el viejo orden zarista entra en crisis, y ésta lo mismo que sucedió en la Revolución Francesa, tiene un primer capítulo que ha sido llamado por los autores rusos con mucha justicia «la revolución palaciega».

Desde 1910 se había introducido en la Corte Imperial Zarista, un personaje pintoresco, Rasputin, un ex campesino siberiano, «vidente» y «curandero». Famoso en su lugar natal, fué llevado al palacio imperial, para curar una enfermedad del hijo de los Zares. El Zar y la Zarina eran extremadamente ignorantes y supersticiosos.

Antes de Rasputin habían habido otros individuos que habían gozado de la confianza de los Zares, pero el nuevo favorito tenía veleidades políticas y a medida que pasa el tiempo será el verdadero dueño del palacio real y aprovecha esto para hacer grandes negocios, vivir orgiásticamente y promover los intereses más viles. De más está decir, que

lución de octubre del 17, se debe fundamentalmente a los hechos siguientes:

El 8 de junio se inicia una nueva ofensiva rusa en todo el frente contra los alemanes y austriacos, que, como las anteriores, fracasa de un modo estrepitoso y confirma el deseo de paz, cada vez mayor, de los soldados y campesinos rusos.

En segundo lugar, se produce una sublevación contrarrevolucionaria dirigida por Kornilof, general del frente de guerra, que con tropas escogidas marcha sobre Petrogrado, y es derrotado por los obreros dirigidos por su «soviet». La incapacidad del gobierno para defenderse de la «kornilovada» (como dicen los rusos), e impedir movimientos como éstos, precipitan su caída.

En el mes de abril se produce un hecho significativo, aunque tal vez todos los contemporáneos no le dieran la importancia que tenía: la vuelta de Lenin a Rusia.

Lenin vivió en Suiza durante casi toda la contienda. Cuando en marzo estalló la Revolución, con un grupo de revolucionarios rusos pidió al gobierno alemán que le permitiera, a través Alemania para ir a Rusia. Este viaje se hizo en un vagón de ferrocarril, que gozaba de derechos casi de extraterritorialidad, es decir, no se pedían pasaportes, no se revisaban equipajes, etc. De ahí viene la famosa leyenda del «vagón precintado». Los alemanes, especialmente, el Alto mando alemán, pensó que, con esto hacia una jugada de gran efecto contra los rusos, porque sabiendo a Lenin partidario de la paz, calculaba que su introducción en Rusia aceleraría el derrumbe del frente enemigo. Durante años, hasta su muerte, le gritaban en la calle y en las asambleas «espía alemán» y «vendido a los alemanes». Lenin predijo que le iba a pasar todo esto, pero que no había otra manera para volver a Rusia, y que él la aceptaba.

Apenas desembarcado —y fué recibido de una manera apoteósica— estableció las llamadas «tesis de abril».

Lenin es un tipo muy especial de heroe histórico; no es un general, ni un líder religioso, es un heroe intelectual. Su figura, incluso, con su cabeza calva, talla corta, aire de profesor de provincia, no era la clase de sujeto que hubiera podido preverse que alcanzaría una inmensa popularidad. Tenía méritos extraordinarios y poco comunes, de los cuales el más singular era presentar en palabra fácil las ideas más difíciles.

A título personal Lenin, con un léxico que parece amartillado, estableció contra la opinión de su partido, que en ese momento apoyaba a los gobiernos provisionales, sus famosas «tesis de abril». Son una serie de premisas sobre la situación política de Rusia, y las posibilidades del partido

contaba con la crítica señalada de la gente de palacio, aún de la nobleza, disconforme con los privilegios que disfrutaba.

Este comenzó a intrigar para hacer la paz por separado con Alemania, y se le acusó —tal vez con razón— de ser germanófilo. La Zarina también era de origen alemán. Se difundió la idea —tal vez fundada— de que Rasputin influyó en el Zar y en la Zarina, para conseguir una paz separada con el enemigo, y abandonar a las potencias occidentales.

Es posible que la propia diplomacia occidental haya intervenido en este asunto, porque en una conspiración en la que participaran nada menos que los Grandes Duques, hermanos del propio Zar, y la gente más importante de palacio, exactamente el 18 de diciembre de 1916 Rasputin es asesinado y tirado al Neva.

Trotsky ha observado, con mucha razón, que: los conspiradores liberales no se atrevieron a suprimir al primer actor del drama monárquico», es decir, al zar. «Pero los Grandes Duques» —dice— «decidieron suprimir al apuntador (Rasputin), y vieron en el asesinato de él, el último recurso para salvar la dinastía». Rasputin no salvó nada, porque estaba tan avanzada la descomposición de Rusia que, largar esta especie de lastre carecía de importancia. Diez semanas más tarde de la muerte de Rasputin, el Zar a su vez será depuesto, y poco más tarde fusilado.

Desde diciembre a marzo, el problema sale de la órbita de la revolución palaciega, y se convierte en una revolución burguesa en que tienen la palabra los industriales, banqueros y partidos burgueses, que deseaban realizar reformas auténticas y reorganizar el país. El Zar y la nobleza no ataban a tomar las medidas necesarias para salvar el país del caos interno y del desastre de la guerra.

Los elementos revolucionarios de la burguesía se agrupaban alrededor de la Duma, organismo que aún era un esbozo de sistema representativo, y en el cual había individuos capacitados que deseaban encontrar solución patriótica a los problemas del país.

La Duma trató por todos los medios de conseguir una reforma pacífica, obtener del Zar que nombrara Ministerios integrados por elementos de sus filas, o gentes sanamente inspiradas que buscaran hacer una reforma. El Zar se obstinó por lo contrario —en estas diez semanas que le restaban— en mantener sus privilegios, insistir en sus prerrogativas y mantener hasta figuras promovidas por Rasputin.

En tanto, a fines del año 16, en Asia Central se produce una gran sublevación de los pueblos locales coloniales, kirguises, kasajos, etc., hastiados de servir de carne de cañón, en los campos de batalla, y ser exprimidos por las contribuciones e impuestos.

cionario Kerensky que ocupa la cartera menos importante.

El gobierno provisional se dirige al Zar, que entre tanto había abdicado en favor de su hermano Miguel, lo obliga a abdicar a favor del nuevo gobierno. De esta manera se ha terminado el zarismo en Rusia, sin mayor pena ni gloria. Trotsky ha dicho que: «La dinastía cayó apenas sacudida, como un fruto podrido, antes que la revolución tuviera tiempo siquiera de afrontar los problemas más inmediatos».

Más tarde el Zar con su familia fueron fusilados. Pero el fusilamiento de los Zares, como antes su caída, no movió el entusiasmo de nadie, ni un solo regimiento en toda Rusia se pronunció en ese momento a favor del zarismo. Por teléfono, de Petersburgo, a lo largo de la inmensa Rusia, se declaró entonces el apoyo al gobierno provisional, y sin disparar un tiro se consiguió prácticamente la adhesión de todas las provincias.

El país comienza a ordenarse de acuerdo a un nuevo esquema dentro de las mayores dificultades, en una crisis económica que agrava el hambre de las gentes y enfermedades epidémicas que provocarán millones de muertos. Entre tanto, se comienza a resquebrajar todavía más el frente militar que se opone blandamente al empuje de los alemanes.

Con la Revolución de marzo del 17 se instala en Rusia el gobierno provisorio revolucionario, cuyo equipo se cambia cuatro veces desde marzo a octubre, desde lo que los rusos llaman «la primera» a la «segunda Revolución».

Estos gobiernos revolucionarios se caracterizan porque tratan de continuar la guerra, como aliados que son de las potencias occidentales, y no resuelven —ni siquiera se abocan— a los grandes problemas que explicaron la Revolución.

Después del primero de ellos, que preside el Príncipe Lov, se instala el llamado «gobierno de coalición» en el cual entran en una proporción mayor elementos socialistas moderados.

En este segundo gabinete, que dura igual que el primero 60 días, sigue actuando Kerensky, que se convertirá después en los tercer y cuarto gabinetes, en el personaje más importante. Los gobiernos dirigidos por Kerensky son más a la izquierda, están integrados especialmente por socialistas revolucionarios de derecha y mencheviques y serán los últimos antes de la revolución de Octubre. La segunda Revolución, o movimiento de octubre, será una lucha entre las fracciones socialistas moderadas que tienen el gobierno y las extremas, de la cual la más representativa es el grupo bolchevique.

El descrédito de estos gobiernos provisionales, que en definitiva explica el éxito fulminante en 10 días de la Revo-

Petersburgo, en los últimos días de la rebelión. Ivanov pregunta:

—¿Qué cantidad de viveres tiene usted a su disposición? —No dispongo de viveres.

—¿Han caído algunas armas, artillería, municiones en manos de los rebeldes?

—Toda la artillería está en manos de los rebeldes.

—¿Qué autoridades militares, y Estados Mayores están bajo las órdenes de usted?

—Bajo mis órdenes personales, se hallan el Jefe del Estado Mayor del distrito. Con los demás organismos regionales no tenemos comunicación.

—¿Qué organismos técnicos y económicos del ramo de la guerra se hallan, actualmente, a sus órdenes?

—Ninguno.
—¿De qué autoridades policíacas dispone usted en este momento?

—De ninguna.

Quiere decir que el aparato represivo se iba deshaciendo en las manos del Jefe de la guarnición. Iba quedando el esqueleto de los altos mandos, mientras la tropa fraternizaba espontáneamente con la masa del pueblo y que llevaba cinco días de huelga.

Todo esto demuestra el valor revolucionario espontáneo de las masas y su capacidad constructiva. En Viborg se crea una especie de soviet vecinal que organiza la barriada, ataca el arsenal local y se apoderan de cuarenta mil fusiles, con lo que quedan suficientemente armados.

Finalmente, toda esta gente marcha sobre el Palacio de Invierno, residencia de los Zares en Petersburgo, que es evacuado por los palaciegos, y enseguida sobre el Palacio de Táurida, que inmediatamente se convierte en una especie de centro revolucionario.

El Zar cuando recibe las primeras noticias comienza a hacer tratativas, pero antes que lleguen a nada, en Petersburgo se crea un «soviet» general. Este Soviet, está integrado —de acuerdo ya a un esquema que existía— por un representante de cada mil obreros, en él van a predominar, en general, los social-revolucionarios y los mencheviques, y representa la verdadera fuerza que hay en la calle, de los manifestantes, obreros armados, soldados y marineros. Sin embargo no toma el poder, sino que se dirige a los miembros de la Duma para formar un gobierno provisional. De esa asamblea saldrá el gobierno provisional de la revolución, presidido por el Príncipe Lov, e integrado por un historiador, jefe del Partido de los KDT Miliukov, un banquero, Buchof, un fabricante textil Konalof, un fabricante de azúcar Teresfcheko, y un abogado del partido Socialista-revolu-

En el ejército comienza a cundir el desorden y el espíritu revolucionario. Los soldados fraternizan con los alemanes, rehusan entrar en fuego, actúan con indocilidad frente a los oficiales y superiores, y prestan oídos a la propaganda revolucionaria, de los obreros sindicalizados.

El Zar desconfiando de los dirigentes del ejército —entre los cuales estaban sus mismos parientes— habíase constituido en el cuartel general del ejército, y en Petersburgo quien tenía las riendas del poder era la Zarina.

Se ha hecho muchas veces la sugestiva comparación entre las figuras de estos dos monarcas y la de sus iguales, en la época de la Revolución Francesa, Luis XVI y María Antonieta. En este dúo en que la fortaleza está en manos de la Zarina y la indecisión es del Zar, no se adopta ninguna medida suficiente para conjurar los problemas.

Es sabrosísima la correspondencia que se cambian durante estas semanas en que la Zarina escribe todos los días al Zar, por razones de política. Así, por ejemplo, le dice: «No debes dar prueba de blandura, ni nombrar un gobierno responsable, ni hacer todo lo que ellos quieren. Son tu guerra, y tu paz, tu honor y el de nuestra patria, y no los de la Duma los que se ventilan. Ellos no tienen derecho a pronunciar ni una palabra respecto a estas cuestiones». Hay un telegrama de la Zarina en marzo del 17, ya en los días de la revolución. Le informa simplemente «Es un movimiento de vagabundos. Los muchachos y las muchachas corren y gritan que no tienen pan, simplemente para crear excitación». En ese momento, la policía, que sabía un poco más, decía en un informe que: «Las tendencias opositoras han adquirido una envergadura tal, que sobrepasan con mucho las que había entre las masas, durante el turbulento período de 1905 a 1906». Y el Ministro de Asuntos Interiores, dirigiéndose al Zar, le dice que: «Restablecer el orden público, cueste lo que cueste, y estar seguro del triunfo sobre el enemigo interior que desde hace mucho ya ha llegado a ser más peligroso, más animoso y descarado que el enemigo exterior».

Es decir que se comprueba que algo se está derrumbando y que madura el movimiento decisivo y fundamental.

La revolución misma de marzo —y esto es lo extraordinario— se produce en escasos cinco días, del 23 al 27 de febrero de 1917, de acuerdo al viejo almanaque— casi exclusivamente en la ciudad de Petersburgo, que representa un 75 avo del total del país. El drama se jugará en Petersburgo, y por telégrafo esta noticia se va a difundir y ser adoptada, en los demás centros de la inmensa Rusia.

La manera como se cumple la revolución en esos días, es tan extraordinaria, que da la impresión —lo dicen muchos— de una especie de representación. Lenin ha dicho:

«Estos ocho días de revolución fueron representados —si cabe la metáfora— después de decenas de ensayos y de ensayos generales. Los actores se conocían entre ellos y sabían sus papeles, sus diferencias entre ellos desde la A a la Z. Incluso sus más leves divergencias de estrategia y táctica».

Efectivamente había algo de esto. Por lo pronto el gobierno se había preparado cuidadosamente desde 1905 frente a la posibilidad de una nueva revolución. Se habían concentrado en Petersburgo, nada menos que 150 mil soldados, que correspondían a 14 regimientos. La ciudad estaba dividida en 7 distritos con planes rigurosos para ahogar la rebelión que estallase en cualquier momento y lugar de la ciudad que tenía ya entonces tres millones de habitantes. Al mismo tiempo, los revolucionarios habían hecho conciencia de toda esa técnica represiva, y perfeccionan su mecanismo, y estilo.

Es una revolución absolutamente espontánea. Las gentes que estaban en la Duma, y que pretendían a los partidos de la burguesía procuraban que la revolución se hiciera pacíficamente por la decisión del Zar. Toda su pretensión era presionarle, para conseguir que nombrara un gobierno surgido de las filas de sus partidos que salvara la situación.

Los partidos revolucionarios no tenían todavía la posibilidad de actuar en un primer plano, pero las masas cansadas de la guerra, el hambre, y la desorganización permanentemente, y ese subyugamiento sub-humano a que estaban condenadas, no esperaron a que llegara la orden de la rebelión y espontáneamente comenzaron la revuelta.

Es curioso marcar los hechos en esos cinco días que duró la revolución. Comenzó por la celebración del Día Internacional de la Mujer. Como de costumbre, los social-demócratas y otros grupos se propusieron celebrarlo con mítines, sables y discursos.

«A nadie —dice Trotsky— se le pasó por las mientes que el D.ía de la Mujer pudiera convertirse en el primer día de la revolución. Ninguna organización hizo un llamamiento a la huelga para ese día». Pero la huelga se declaró espontáneamente por los obreros textiles, especialmente de Viborg — una barriada obrera —. Simultáneamente, 30.000 obreros de la fábrica de armas de Putilof fueron declarados cesantes. Entonces las obreras y obreros, y los de otras fábricas que se declararon en huelga solidaria, comenzaron a ocupar las calles y a movilizarse a las gentes de las colas. Tres días más tarde en todo Petersburgo triunfaba la huelga general.

En esa misma fecha, se produce un tercer episodio fundamental: la fraternización de soldados y obreros. Buena parte de las obreras estaban casadas con reservistas que integraban el ejército. «Fueron tal vez —observa siempre

Trotsky— estas obreras textiles las que consiguieron los primeros fusiles para la revolución, y consiguieron que sus esposos abandonaran las filas y acompañaran a las masas de los huelguistas». La propaganda revolucionaria y los desertores, se conjugaron para que junto a los obreros comenzaran a aparecer en número mayor soldados y marineros, que acompañaban a los huelguistas en sus desfiles, manifestaciones y mítines.

El clima era de tal tipo revolucionario que los famosos cosacos, se negaron a disparar sobre las multitudes.

Hay algún episodio pintoresco que muestra la mentalidad rusa. A los gendarmes, las gentes del pueblo los llamaban los «fararones», y en una de esas ocasiones en que los gendarmes —más fieles al régimen que los soldados— atacaron a un grupo de manifestantes y los persiguieron a latigazos, cuenta, uno de los testigos, que varios obreros se acercaron a los cosacos, se quitaron las gorras y les dijeron: «Hermanos cosacos, ayudad a los obreros en la lucha por sus demandas pacíficas. Ya veis cómo nos tratan los «fararones» a nosotros los obreros hambrientos. Ayudadnos». El que comenta esto dice que, «aquel tono conscientemente humilde, aquellas gorras en las manos eran un cálculo psicológico». Demás está decir que los cosacos subieron a caballo y cargaron contra los gendarmes, y a partir de ese momento, por lo menos ese regimiento de cosacos quedó incorporado al grupo revolucionario. Comenzó el desarme de la policía. Apoyados por los soldados que eventualmente se pasaron a sus filas, comenzó a ser desarmada la policía en los barrios obreros. Especialmente, en la barriada de Viborg ya el día 25 son quemadas todas las comisarías y muchos gendarmes se pasan a las filas del pueblo. Los 150 mil soldados reunidos por el zarismo se evaporan.

Del 25 al 27 hay mítines dentro de los cuarteles. En la noche en el primer cuartel sólo 27 soldados se animan a abandonar con sus fusiles, y unirse a los obreros. Pero 27 consiguieron al día siguiente dominar cuarteles enteros. Los regimientos se sublevaron, casi siempre de la misma manera. Deponen a la oficialidad y los soldados declaran en asambleas que están de parte del pueblo y constituyen un «soviet» o consejo.

Cuando esto llega al Cuartel General del Zar comienza a mandar tropas sobre la capital, casi siempre compuesta de georgianos, que le son especialmente fieles.

Ha quedado —y es un documento valioso— el diálogo sostenido por telégrafo entre el General Ivanov, que había sido el jefe de la represión de 1905, que venía a la capital al mando de los georgianos, con el jefe de la guarnición de

¿Qué hace ahí ésa?



¿Qué hace ahí ésa? «Esa» era una mujer que figuraba en un cuadro. Leía en un libro. O mejor dicho, había dejado de leer y meditaba sobre lo leído. El cuadro estaba en un comedor aldeano. Rodela, el garzón ibero, miraba de vez en cuando al cuadro y como siempre veía la misma mujer pensativa, preguntaba:

— ¿Qué hace ahí ésa?

— Está meditando — le decían.

— ¿Tanto tiempo? — interrogaba Rodela.

Todos se le reían.

No comprendía Rodela que hubiera cuadros en la pared. Y mucho menos comprendía que el cuadro fuera tan estadizo, que por los siglos de los siglos hubiera figura meditabunda sin pestañear.

Cuando se hablaba del tiempo o de otra cosa cualquiera salía Rodela con la misma pregunta:

— ¿Qué hace ahí ésa?

Rodela era un saltatapias y un saltamolinas. Era un cazador furtivo a pesar de sus doce años. Casi siempre iba descalzo. Trepaba a la copa de un cerezo en junio para hacerse con las cerezas. En agosto iba a trillar a la era de Martín el hortelano.

En la escuela aldeana era una calamidad. No sabía ninguna lección del «Juanito» ni nada. No sabía nada de nada.

Cuando un escolar se distinguía por su poca aplicación y no sabía, por ejemplo, lo que es diéresis, decía el maestro:

— Eso lo sabe hasta Rodela.

Pero Rodela no sabía lo que hacía la mujer del cuadro y seguía preguntando insistentemente:

— ¿Qué hace ahí ésa?

Rodela ganaba a reñir a todos sus condiscipulos. Les ganaba también los partidos de pelota, las carreras a pie y a todos los juegos de impetu y destreza.

— A multiplicar me puedes ganar — le decía a Faustino — pero lo que es a correr no me ganas.

— Al guiñote soy yo el que te gana — saltaba Matías.

— Porque no sé contar los tantos — declaraba Rodela.

¡Ibero perfecto Rodela! Todo lo que fuera correr, saltar, ganar una apuesta a base de brincos, era para él un seguro triunfo. Cuando le querían encasquetar la regla de tres fracasaba Rodela, bajaba la cabeza y no había manera de hacerle comprender nada.

— Vamos a ver — le decía el maestro —, ¿tú no sabes nada de quebrados, Rodela?

— No sabe nada de quebrados ni de nada — argüía un escolar oficioso.

— ¡Silencio! — rugía el maestro.

— Es que él mismo nos dice que eso de los quebrados no sirve para nada — agregaba otro «acusica».

— ¡A callar todo el mundo!

— Rodela no sabe dividir por seis — sentenciaba otro escolar que pasaba en la escuela por niño prodigio porque se sabía de memoria los nombres de cuatro reyes godos.

El maestro se enfadaba:

— El que tenga que decir algo que lo diga cuando yo le indique — gritaba el maestro —. Que hable Rodela. Rodela era el único que no chistaba.

— ¿Qué son quebrados, Rodela?

Silencio. Rodela quería tener satisfacción a su curiosidad y seguía preguntando ante el cuadro del comedor:

— ¿Qué hace ahí ésa?

— Tenemos dos naranjas y media, Rodela, fijate bien.

— No las tenemos — decía Rodela con la cabeza baja.

— No seas salvaje, Rodela. Tenemos dos naranjas y media y hemos de repartirlas entre cinco.

— No es verdad que tengamos dos naranjas y media.

¿Cómo hemos de repartirlas si no las tenemos? ¿Qué conseguimos con repartir naranjas en la pizarra si no tenemos naranjas? A mí, que me den dos naranjas y media y las repartiré entre cinco sin necesidad de gastar yeso ni de emborronar cifras en la pizarra. Las repartiré de manera que toquen a partes iguales.

— Eres un salvaje, Rodela. ¡Largo de aquí!

Y no había manera de hacerle comprender que podían repartirse dos naranjas y media entre cinco, cien naranjas entre cien, ni dos naranjas entre dos, si se carecía de naranjas. Aun contando con la mayor voluntad del mundo nadie reparte lo que no tiene. Así pensaba Rodela.

— Cuando medimos una distancia — me decía — es porque hay distancia y necesitamos medirla.

— Pero es que si tú llevas la cuenta de lo que hacen pagar a tu padre por arrendamiento del huerto y éste tiene media hectárea, pagándose quinientos kilos de trigo por hectárea has de saber la cantidad de kilos que te corresponde pagar.

— Ya lo dirá mi padre, y si no lo dice mi padre ya lo dirá el dueño del huerto. Yo nada tengo que pagar.

— ¿Y cuando no viva tu padre?

— Pues no pagaré.

— ¿Por no hacer la cuenta?

— No: por hacerla y ver que sólo sale bien para beneficio del dueño. ¿Es que tú te crees que no sé hacer cuentas? Lo que pasa es que no quiero soñar que reparten naranjas siendo mentira. Para hacer cuentas de reparto hay que contar con cosas que repartir. Para medir un bancale no se ha de hacer como un agrimensor que mide bien, pero mide para el Estado. A mí que no me enseñen lo que no puedo aprender yo. Sólo aprenderé algo de lo que interesa cuando no esté en la escuela.

Y salió de ésta, desahuciado, preguntando incesantemente mirando al cuadro del comedor:

— ¿Qué hace ahí ésa?

FELIPE ALAIZ

NOTAS SOBRE LA BIBLIA

por E. ARMAND

Se designa bajo el nombre de *Biblia* (del griego *Biblos-Biblión*, bro) la colección de los libros sagrados de que se sirven los judíos y los cristianos de las diversas denominaciones. La colección se compone del *Antiguo Testamento*, que es el libro sagrado de los israelitas y del *Nuevo Testamento*, que los cristianos consideran como el complemento del *Antiguo*. Esos términos: *Antiguo* y *Nuevo Testamento*, son las traducciones de fuente latina, de expresiones empleadas por el gran propagandista y verdadero fundador del cristianismo, Saulo de Tarso, conocido bajo el nombre de S. Pablo, en la 2a. epístola a los Corintios «é palaia diathèke» (la antigua alianza) «é kainé diathèke» (la nueva alianza) y que le sirve para distinguir la doctrina de aquel que, según S. Pablo, realizaba las profecías judías, de la enseñada por los libros prosaicos.

Según sea católico o protestante, el canon (del griego *kánon*, regla) del *Antiguo Testamento* comprende más o menos cantidad de libros. El *Antiguo Testamento* se compone de libros escritos en hebreo (protocanónicos) y de libros redactados en griego (deutero-canónicos). Los israelitas y los protestantes rechazan estos últimos que ellos llaman apócrifos. (Son los libros de Tobias, Judit, la sabiduría de Salomón, el *Eclesiastés*, *Baruc*, una epístola de Jeremías, dos libros de los Macabeos, el cántico de los tres jóvenes Hebreos, la historia de Susana, la historia de Bel y el Dragón, y el libro de Esther, a partir del capítulo 10) Los exégetas católicos afirman que, aunque estos libros hayan sido rechazados del canon israelita, la tradición de los judíos los hacía admitir como sagrados y que para el uso público colocaba al lado de los libros canónicos.

El *Antiguo Testamento* o *Biblia* hebrea comprende tres partes: 1º) *La Tora* (la ley) llamado también *El Pentateuco* (de una palabra griega que significa el conjunto de los cinco li-

Los Profetas (Nabim): Josué, los Jueces, Samuel I y II, los Reyes I y II, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonía, Zacarías, Malaquías. 3º) Los Hagiógrafos (escritores sagrados, Ketubim): Los Salmos, los Proverbios, Job, El Cántico de los Cánticos, Ruth, las Lamentaciones de Jeremías, el *Eclesiastés*, Esther, Daniel, Esdras, Nehemías, Crónicas I y II).

El punto de vista ortodoxo difícilmente sostenible después de los trabajos de la crítica moderna, es el que afirma que la biblia es una maravillosa manifestación de unidad religiosa, dictada por Dios mismo, o por lo menos, inspirada por su espíritu. En el libro de «El Exodo» (segundo del Pentateuco), se dice que sobre el monte Sinaí el Señor entregó a Moisés las dos tablas escritas por la mano de Dios (Exodo XXXI, 18).

Las excavaciones emprendidas en Siria después que el acceso de ese país ha sido facilitado, y con los medios científicos de investigación con que se cuenta actualmente, han permitido constatar que los mitos bíblicos descubrieron un estrecho parentesco con los existentes entre los Asirios, particularmente los Babilónicos (y otros habitantes del Asia anterior), entre los cuales, la parte más notable y la más intelectual de los israelitas, sufre un prolongado exilio.

La cosmogonía del *Antiguo Testamento*, la Creación, tal cual la expone el Génesis, tiene correlación en las narraciones asirias. El paralelismo se prosigue a menudo incluso hasta en los menores detalles. La narración bíblica hace incapié, en diversas ocasiones, que «Dios vió que su creación era buena». Y, en el texto cuneiforme, el Creador afirma que El ha hecho las estaciones de los grandes dioses (las estrellas). En otro documento (bro) es la única parte que admitían los Samaritanos como canónico. 2º) asirio el sabbat es definido «día de reposo del corazón»; en tal día está

prohibido trabajar, particularmente está prohibido encender fuego para cocción de la carne, y de ingerir medicamentos en caso de enfermedad. Un judío, un fariseo (riguroso observante de la ley) no se hubiera expresado de otra forma. Las prescripciones legales, dichas mosaicas presentan analogías sorprendentes con el código de Hammurabi, rey babilónico del 2º siglo antes de la era cristiana.

En los escritos anteriores al libro de Daniel, es decir, redactados antes del 2º siglo que precedió la era cristiana, no existe ninguna idea de la inmortalidad del alma, ninguna otra creencia más que en el *Schéol*, en la fosa practicada en las profundidades de la tierra, morada de las tinieblas, del frío, del silencio, del olvido, del sueño, de la ignorancia, de la inactividad física, intelectual y moral, donde languidecen durante un espacio indeterminado de tiempo las sombras de los cuerpos, cuyas almas son devueltas al Eterno, quien se las había dado, y que las ha recuperado, pues ellas no son sino su aliento. En realidad, el *Schéol* no es una representación de la vida futura: es, más bien, la expresión madurada y prudentemente pesada de la muerte que lo aniquila todo sin dejar tras ella ninguna esperanza. La inscripción del fenicio Achmunazar datando del 3er. siglo antes de la era cristiana, descubierta en la antigua necrópolis de Sidón (se halla en el Louvre), confirma esta opinión, puesto que al príncipe en nombre del cual está redactada, se le representa un mundo como una sala de reposo, como un lecho sobre el que las sombras vegetan durmiendo el sueño eterno. En cuanto a las inscripciones asirias, que nos dan las mismas ideas, concuerdan con el *Antiguo Testamento* para declarar que el *Schéol* es la morada de donde no se vuelve. (Salmos CXV.

* Sepulcro. (N.D.L.R.)

«7; LXXXVIII, 11, Isaías XXXVIII, 18).

Bajo una u otra forma, todas las leyendas de la Biblia forman parte del folklore primitivo. Su objeto es recordar al hombre que está sometido a la dependencia de Dios, de los dioses o del supranatural, y, desgraciado de él si desobedece. Doquiera se halla la leyenda del diluvio con este tema inicial destrucción de una agrupación de hombres mediante las aguas, a excepción de una sola familia destinada a reconstituir el género humano. Existen variantes; a menudo, como en la leyenda de la ciudad de Ys, no se trata más que de una ciudad, y no de la humanidad o de una región. Los mitos de Adán, Eva, Satanás, Noé, Abrahán, Moisés, Salomón, tienen sus paralelos en América del Norte, entre los *Fino-ugrios*, como lejos de ahí, los turco-mongoles. Esos descubrimientos y un examen minucioso de los textos, han permitido a los críticos poder situar la composición de los libros bíblicos de regreso de la cautividad, en la época de Esdras (nombre de un hombre o de un grupo que emprendió la resurrección del judaísmo en lo que había de más nacionalista en él: la religión).

La redacción del Pentateuco no dataría pues de más allá del 4º siglo para los libros legendarios e históricos; del final del 4º y curso del 3º para la mayor parte de los libros proféticos; del 2º y del 1º para los Salmos, el libro de Daniel y los Hagiógrafos en general.

Se ha llegado a distinguir cuatro influencias en la redacción del Pentateuco que desvanecen completamente la idea de su unidad de concepción: la influencia elohista, la influencia jahovista, el deuteronomio, el código sacerdotal. Que se lea la narración de la creación tal y como, la explica el principio del Génesis hasta el 2º capítulo y la nueva narración que empieza en el 4º versículo de este mismo capítulo, para darse fácilmente cuenta que uno se halla en presencia de dos compilaciones que tienen muy poco parecido. En una de esas compilaciones se da el nombre de elohista, porque la divinidad recibe el nombre de *Elohim*, en la otra, el nombre de jahovista o jahovista porque se designa la entidad divina Jehová o, más literalmente Iahveh. Otra prueba que la redacción (relativamente moderna) de los libros de la Biblia es que sus redactores parecen no haber oído hablar jamás del

papel jugado por ciertos pueblos en la época en que se desarrollaban los acontecimientos que describen.

Es así que ellos ignoran el imperio de los heteos (situado al norte de Palestina) que existía en tiempo de las invasiones egipcias o asirias; o bien atribuyen a un solo hombre la obra de varias generaciones, tal como la emigración dirigida por Abrahán. Parece ser pues que los Noé, los Abrahán (20 siglo antes de Jesucristo). Los Jacob, los Moisés (16 siglo idem), los Josué, según la tradición, son personajes tan míticos como Sansón, el hércules judío, o los Samuel. Los sultanes David, Salomón y su historia, parecen hayan sido anexionados al judaísmo quieras que no; anteriormente a ellos encontramos casi la oscuridad completa. No solamente las narraciones bíblicas, concernientes a la presunta estancia de los Israelitas en Egipto, y su salida de ese país, abundan en inverosimilitud e imposibilidad material y geográfica; es más, entre los monumentos egipcios ninguno menciona el episodio israelita. Que una horda de foragidos y pastores nómadas haya aparecido 1500 ó 1600 años antes de la era cristiana sobre las planicies meridionales de Siria, llevando con ellos sus rebaños y sus mujeres; que, a mano armada, después de haber recorrido el desierto en busca de un pozo, de una fuente, de un silo, hayan terminado por establecerse exterminando ferozmente las tribus precedentemente instaladas, impotentes para rechazarlos; que hayan persistido recuerdos relacionados con una liberación de la autoridad egipcia, a un cierto Moisés y a otros nombres, se puede admitir, pero todo lo otro es imaginación, creación intelectual de la clase sacerdotal para modelar la mentalidad judaica según sus intereses y su patriotismo.

Bajo el reinado de Ptolomeo, rey griego de los egipcios, el número de los judíos que habitaban su reino, principalmente Alejandría, era considerable. Pero no hablaban el hebreo. Fué para ellos que hacia la mitad del 3er. siglo empezóse la traducción en griego de los libros del canon de Esdras, empezando por el Pentateuco. Es a esa versión griega que se denomina versión de los *setenta*, por haber sido, al parecer 72 los traductores que se ocuparon de ella, o llamada también de Alejandría, compuesta por sabios judíos establecidos en Egipto y muy probablen-

te terminada en el año 150 antes de la era cristiana.

Es de esta versión que se sirvieron los cristianos de los primeros siglos cuando ellos tradujeron la Biblia al latín. Es con el nombre de *Vetus Italica* que se designa la mejor de esas traducciones conocidas, pero está llena de imperfecciones. Uno de los padres más sobresalientes de la Iglesia, Jerónimo, habiéndose dado al estudio del Caldeo y del hebreo, que aprendió en Jerusalén mismo, bajo la dirección de un rabino llamado Berhanina (quien enseñaba de noche por temor a sus compatriotas) tomó la resolución de traducir la Biblia directamente de los textos originales, para cuyo trabajo invirtió veinte años, de 385 a 405. Varios católicos, entre ellos S. Agustín, le tuvieron ojeriza a Jerónimo por haber osado traducir la Biblia de diversa forma de como lo habían hecho los «setenta». Finalmente, bajo el nombre de *Vulgata* la versión de Jerónimo se impuso como texto oficial de la iglesia católica romana. Para ser completo debemos añadir que es sobre la *Vulgata* que han sido hechas en lengua vulgar las primeras traducciones de la Biblia; por ejemplo: las versiones francesas protestantes de Lefèvre d'Étaples y de Pierre Robert Olivetan, un picardo pariente de Calvino; la versión alemana de Martín Lutero; las versiones inglesas de John Wyclif y de Tyndal; la versión francesa de Lemaistre de Sacy.

Existe un cierto número de libros apócrifos que no figuran en el canon del Antiguo Testamento, obra de autores desconocidos y rechazados por la iglesia romana. Tales, la plegaria de Manacés, el 4º libro de Esdras, el Salmo 151 (que se hallan en las versiones de los «setenta»), un discurso de la mujer de Job, los salmos de Adán y Eva, el Evangelio de Eva, la ascensión y la Asunción de Moisés, la pequeña Génesis, el Testamento de los Doce Patriarcas. Además, otros libros han sido perdidos como el Libro de Hénoch, las 3.000 parábolas, los 1005 cánticos y la Historia Natural del rey Salomón.

En la Iglesia ortodoxa griega la versión de los «setenta» constituye el texto oficial.

Para el Nuevo Testamento, el canon definitivo no fué fijado sino tras largas discusiones y argucias, en el Concilio de Hipona, en 393, gracias a los esfuerzos de S. Agustín. Ese Nuevo Testamento se divide igual-

mente en libros protocanónicos, que son los que fueron aceptados sin dificultades, a saber los cuatro Evangelios, las Actas de los Apóstoles, las 13 epístolas atribuidas a S. Pablo. Los otros, es decir, los deutero-canónicos, las epístolas de Judas, de Pedro, de Juan, el Apocalipsis y la epístola a los Hebreos no fueron admitidos sino después de largos titubeos. Los cristianos occidentales tendían hacia el Apocalipsis, los orientales no lo aceptaban; éstos preferían las epístolas a los Hebreos y aquéllos no querían ni siquiera oír hablar de ello. Todas estas discordancias muestran que lejos de haber sido determinado por la unanimidad de los miembros del Concilio «bajo la inspiración directa del Santo Espíritu», como lo afirman los curas, pastores y popes ortodoxos de la iglesia católica, como la protestante y la griega, el canon del Nuevo Testamento, el fundamento de su religión, ha sido el resultado de un juicio humano titubeante y azaroso.

La elección fué tan arbitraria que difícilmente se puede comprender el rechazo de libros venerados por los cristianos primitivos como el Pastor de Hermas, el Evangelio de los Hebreos, la epístola de Bernabé, la epístola de Clemente Romain que habían figurado mucho tiempo en las colecciones de los libros que sirvieron como base de lectura en los primeros siglos cristianos.

Desde hace algunos años se impone una interrogante sobre si es realmente en la Biblia hebrea que hay que buscar el origen de las doctrinas de las que el libro sagrado de los cristianos se hace el intérprete. En lugar de considerar el Nuevo Testamento como el heredero de la fe y el cumplimentador de las esperanzas del pueblo judío, se tiene tendencia cada día más en considerarlo como lazo de unión entre las ideas religiosas del mundo pagano y el sombrío y estrecho monoteísmo semítico. Es evidente que el Evangelio atribuido a S. Juan está muy impregnado de helenismo, de acciones platónicas. Pero, las epístolas de Saulo de Tarso muestran singulares concordancias de las prácticas y de los misterios orfistas o egipcios. Así, el bautismo para los muertos del que se habla en la primera epístola a los Corintios (XV, 29), nos recuerda (de esa prescripción orfista), que, para evitar a nuestros familiares muertos el peligro de los nacimientos sucesivos, se podía hacer

cumplimentar, respecto de ellos, el rito liberador. El mismo S. Pablo considera al cristianismo como una asociación o fraternidad de clausura, un «misterio» con sus grados, y, en ciertos aspectos y momentos, la similitud con los misterios paganos es casi absoluta.

De la misma manera que se podía llamar al fiel del Attis frigio un «Attis», al «myste» egipcio un «osiris» en la epístola a los Galateos (XI, 20) Pablo declara «No soy quien vive, es Cristo que vive en mí». En la segunda epístola a los Corintios, capítulo XXIV, el apóstol habla de «la vida de Jesús manifestada en nosotros, en nuestra carne mortal». En el capítulo V (17), no teme proclamar que «si alguien está en Cristo, es una nueva criatura». Y, también en la misma epístola, reconoce haber oído «palabras inefables, que no está permitido a un hombre el repetir las» (XII, 4).

Un profesor de literatura griega en la Universidad de Varsovia, Tadeo Zielinski, que se considera como uno de los mejores helenistas de nuestra época, mantiene la opinión que es la religión antigua, la de los habitantes de los países que formaron el imperio romano, la que constituye el verdadero Antiguo Testamento, el ancestro del cristianismo y, sobre todo, del catolicismo.

El culto a la Virgen, madre del Salvador, tiene como predecesor el que los griegos rendían a Alcmena, la esposa de Anfitrón, a quien Zeus visitó para entregarle Hércules, el Salvador griego. Todas las diosas-madre, todas las diosas-virgen del Olimpo, preparando al mundo romano para aceptar la idea del nacimiento milagroso de Cristo tal y como está descrito en los Evangelios, y aceptar, más tarde, la Mariolatría.

El culto de los héroes: Corintios en Corinto, Cecrops en Atenas, Rómulo en Roma, preparó el culto a los santos locales: S. Denis por París; S. Leopoldo por Viena, S. Estanislao por Cracovia, S. Javier por Nápoles, etc. Y es el caso que el judaísmo no conocía ningún culto por Abrahán, Moisés, ni David.

Poniendo las cosas en su punto, debemos señalar que el culto a los santos y a los dogmas concernientes a María —así como varios otros— no se hallan en el Nuevo Testamento.

Los sentimientos expresados por los atenienses respecto de «Athena Po-

lias» de la Acrópolis no muestran diferencia con los católicos esclarecidos vis a vis de la virgen de Lourdes, por ejemplo: ellos no identificaban de ninguna manera al idolo venerable con la misma Minerva, de la que creían que desde lo más alto del Olimpo, velaba sobre el bienestar de la ciudad bien amada. Existían fetichistas sempiternos entre los griegos y los romanos, como existen aún allá por tierras de Calabria o de Andalucía, donde los campesinos hacen astillas a su *Ecce Homo* cuando sus plegarias no obtienen respuesta satisfactoria.

En fin, existían también Apocalipsis paganas. La antigüedad ha conocido los horrores de la espera del fin del mundo, ella ha esperado con angustia la llegada de un Mesías (*Christos* en griego, *Mashiar* en hebreo). La infortunada hija del rey Priamo había anunciado la catástrofe suprema y la había situado para mil años después del asalto de Troya. Los cálculos efectuados habían situado esa fecha hacia el año 184, luego hacia el año 84 antes de la era cristiana. Roma conoció horas de pánico hasta que Augusto declaró ser el Salvador anunciado (en el año 17); la república y luego el imperio, sufrieron violentas conmociones. El paganismo estaba preparado para el anuncio de la venida del Salvador.

Tradujo F. FERRER

BIBLIOGRAFIA

Eichhorn: *Einle-Tung Ins Alt Testament*. Garretson: *The Taimudic Jesus*. Halévy (Joseph): *Recherches Bibliques*. Harnack: *Précis de l'Histoire des Dogmes*. Havet: *Le Christianisme et ses origines*. Kroll (Ludwig): *Primitive Christianity*. Ledrain: *La Bible*. Loisy *Etudes Bibliques*. Quinn (John W.): *The Bibli Unveiled*. Renan: *Histoire d'Israel*. Reuss: *L'Histoire Sainte et la Loi*. Smith: *Assyrian Discoveries*. Smith and Muller: *Dictionary of the Bible*. Vernes (Maurice): *Resultats des Exégéses Bibliques, etc.* Van Gennep: *Formation des Légendes*. Zielinski: *La Sibylle*.



Algo sobre la filosofía viva

HE notado hace mucho la tentativa de unos jóvenes pensadores franceses, agrupados alrededor de la revista «L'Esprit», de Pierre Morhange, de dar a la filosofía una nueva significación, mejor dicho: de trasponer la filosofía en su realidad primera y de siempre: la vida. Es una tentativa diferente de tantas otras, que debe ser renovada, porque el problema es esencial, permanente.

Hoy, cuando la violencia triunfa también en los terrenos culturales, la lucha de la intelectualidad libre es más imperiosa que nunca. Y es bueno recordar las enseñanzas de los jóvenes (a pesar de que algunos de ellos se desviaron más tarde del camino inicial) que tuvieron el valor de proclamar precisamente la primacía del Espíritu, reaccionando contra el materialismo grosero, bestial, que invadió también los más elevados dominios de la ciencia y del arte.

Como ellos, creo que la filosofía constituye una síntesis de todos los elementos vitales y que la actitud social no debe ser determinada por rígidos conceptos metafísicos, sino por creencias activas, por esa sed de la verdad que no acepta ni siquiera un compromiso en el mundo de las «abstracciones». En este sentido Georges Politzer analizó con una cruda lucidez diversos sistemas filosóficos, que no se presentan como vivas realidades, sino como esqueletos ideológicos conservados en el museo del pensamiento humano. En Francia, por ejemplo, Victor Cousin no pudo tocar concepción filosófica alguna sin desfigurarla. Augusto Comte no es más que «materia de tesis», un autor impuesto por el programa. (En lo que respecta a Comte el crítico exagera algo). Tampoco el filósofo de las ideas-fuerza, Alfred Fouillée, se impone en nuestros días. Algunos ancianos hablan con emoción de Guyau, un «Nietzsche francés», que escribió «La irreligión del parvenir», una obra maestra, «utópica». Renouvier aún tiene algunos discípulos, siendo estimado por una parte de la juventud que estudia filosofía, porque él es, en Francia, el único refugio de los que no aman a Henri Bergson. Con toda su gloria, Bergson comienza a ser anticuada». Aunque nos proporcionó una filosofía viva, activa, llega a ser víctima de sus numerosos adeptos, quienes sobre sus obras edificaron una nueva escolástica con fórmulas precisas, con reglas automáticas. Esta mecanización está secando la savia de la filosofía de Bergson. Sus discípulos, debido a su dogmatismo, pusieron en evidencia más bien los defectos que las cualidades del bergsonismo. En cuanto a la obra de Boutroux, no quedó de la misma más que una confusa mezcla; apenas se lee aún «Las contingencias de las Leyes de la Naturaleza», mientras que Lachelier pronto llegará a ser un simple recuerdo...

Estas opiniones, así cree su autor, no son solamente personales, existen de una manera vaga entre muchos de los que no ignoran la historia de la filosofía. La filosofía contemporánea es como un teatro cuyo repertorio se ha establecido permanentemente: los actores pa-

san uno tras otro, pero los papeles son siempre los mismos. Lo que cada nuevo actor puede aportar, es un poco de buena voluntad, ciertos matices, un rasgo, un gesto, una entonación... La abstracción fosilizó los sistemas filosóficos. Y llegaron a ser inútiles. La filosofía contemporánea no nos proporciona una seguridad espiritual, un impulso creador, un poder vital. No se declina al lado de la verdad, sino de la ficción o de ciertos intereses sociales y políticos inconfesables. La filosofía, en general, ignora la verdadera naturaleza del hombre. El idealismo filosófico es puramente teórico; cuando este idealismo llegue a ser humano, cuando el «género hombre» llegue a ser un «concepto universal» entonces la filosofía será un acto de la vida y podrá servir a todos los hombres. Porque, en el fondo, todas las doctrinas filosóficas se fusionarán en una sola: en la doctrina «de la libertad». La filosofía debe estar de parte de la revolución creadora.» Platón, Descartes y Kant se levantaron de sus sepulcros para reconocer la Revolución», declara patéticamente el joven pensador, que cree que la filosofía no puede ser separada de la sociología. Las verdades deben ejercer su influencia en el destino humano también; deben tener una función vital entre razas y naciones. (¿Por qué entre «razas y naciones», que no son realidades absolutas como son la humanidad y los individuos que la constituyen?) De esta manera, el filósofo realmente llegará nuevamente, como en los tiempos heroicos, a ser una «ocupación peligrosa». Entonces los filósofos serán los amigos de la verdad; es decir, opuestos a los dioses y al Estado. (Lo que fué Sócrates también, que no vaciló en llevar la copa de veneno a sus labios). La verdad no será proclamada más que por los que la aman y osarán transformar las aventuras espirituales en aventuras materiales. (Lo que significa pura y simplemente: transformar la idea en hecho).

En la misma serie de estudios, George-Philippe Friedmann también quiere dar a la filosofía — ¿por qué no la llamamos mejor «sabiduría»? — un sentido vital, personal y al mismo tiempo universalmente humano. Partiendo de Spinoza, al cual considera entre los pocos filósofos viables, investiga con el mismo método las manifestaciones contemporáneas, especialmente en el dominio de la literatura. Nos parece juiciosa la áspera crítica contra la «literatura de los disponibles», de los que encajan «esferas» ideológicas para buscar, empero, sensaciones por vías indirectas. Desde este punto de vista son juzgadas las obras de André Gide, Valéry-Larbaud, Paul Valéry, Jacques Rivière, Marcel Proust, Maurice Barrés...

Volviendo a Spinoza, nuestro crítico es más bien sociólogo que filósofo, pues convierte al autor de «Ética» en un gran revolucionario; por eso ha sido perseguido y quedó durante mucho tiempo incomprendido. Spinoza pregona la acción, la vida libre, la alegría incesante, el amor divino, de donde resulta «el mandato de combatir el rebaño de esclavos faltos de espíritu». En la «Ética»

De la sumisión a la rebeldía

MAS, mucho más, que las soflamas de los apóstoles, quienes forjaron la legendaria coraza de los cristianos primitivos, contra la que iban a mellarse picas y lanzas mercenarias, fueron las teorías estoicas.

Las enseñanzas y el martirio de Epicteto, esclavo del romano Epafrodito, galvanizaron las voluntades insurgentes de las multitudes contra el despotismo imperial. Fué su irradiante serenidad espiritual, su sonrisa despectiva respondiendo a la mirada furibunda y displicente de los poderosos, lo que inyectó coraje a los sufridos desvalídos.

Al introducirse la cizaña católica en el trigo, con su peculiar sectarismo avasallante, la promisoría cosecha se malogró.

El estoicismo insurgente convirtióse, por obra y gracia de algunos discípulos aventajados y ventajistas, en reverente y sumiso. Discípulos que sobrepasaron a Cristo en su esforzada mansedumbre, y colegas que dejaron

irrisoria la avaricia de Judas. Ascetas impenitentes, ávidos de penitencias, buscaron cobijo en desérticas tabernas; soportaron trasquilos y despellejos sin rechistar. Más aún, sus cuerpos de purulentas pústulas no les bastaba: sobre ellas se apretujaban groseros y ásperos cilicios. Siempre en busca de exóticas torturas, inspirados por su demencial masoquismo, hallaban materia pecaminosa en su natural y exacerbado erotismo, o en sus simples tendencias gastronómicas, bárbaramente suprimidas por el ayuno.

Reducidos a simples pingajos, hacían palidecer al famoso yogui indio. Y si con tales forcejeos dolorosos no alcanzaron la insensibilidad deseada para sí, impasibles, cuando no con burla, contemplaban el dolor ajeno.

Haciendo caso omiso de las leyes naturales, trataban de congraciarse con las leyendas celestiales. La sombra de Torquemada deslizábase por el árido paisaje, antes de nacer.

¡Cuán lejos andamos de los enjundiosos y moderados preceptos de Marco Aurelio!

¡Y cuán distantes estamos de los sabios y tolerantes conceptos de Séneca!

La obsesión por la santidad, hizoles perder la hombría. Galardón de los estoicos por excelencia.

Pascal lo dijo: Camino de la santidad seguro que hallaréis la bestialidad.

Dique para contener esta corriente salida de cauce, en brecha las márgenes, sueltas las amarras, es cuando aparece el gran Epicuro.

Cayeron las máscaras patibularias. Huye la miseria con disfraces austeros. Retrocede la fe y arranca briosamente la razón. La evolución pendular, oscilatoria, de nuevo se confirmaba históricamente.

Zafios, asistáanse los infelices feligreses, en tanto que, farisaicos, los eclesiásticos jerarcas tiemblan.

El ariete epicúreo fustiga sin piedad pétreos conceptos mesiánicos o apergaminados prejuicios divinos.

Avientan sacros decálogos, y airean vetustos principios morales en oposición con la naturaleza humana. La ironía diluirá fantasmas y encapuchados, su sátira hará que corra el mismo diablo.

Pero, bola de nieve por la pendiente, el patricio, el emperador, el obispo, cubrirán con la túnica epicúrea sus festines, sus desmanes y sus orgías palaciegas. Y aun plebeyos, siervos y esclavos darán rienda suelta a sus vicios y excesos.

Mesalina impera en la corte, y el espectro de Borgia deambula por palacios antes de aparecer.

El materialismo sin freno cerró, a cal y canto, toda evasión espiritual. Y la teoría del racionalismo, por adulteración, exacerbó los instintos.

Por esto el bárbaro entrará en Roma como invitado, sin efracción, ni premeditación, pues que sus puertas estaban de par en par abiertas. Las barbaridades romanas solicitaban su entrada.

Así pudo colgar, el poeta Horacio, a esta escuela, el sambenito que reza: Suelos andan, por el jardín del ensueño, los puercos de Epicuro.

Rabelais tardaba en aparecer para confundir tanto Tartufo.

Y más aún Quevedo con sus ciertas saetas y viriles retos.

PLACIDO BRAVO

de Spinoza se encuentra la fuente de un espiritualismo que podría renovar y elevar incluso los problemas económicos. (¡Es casi increíble, en el que se refugió en el «Amor intelectualis Dei!») Karl Marx descuidó la fuerza del espíritu. Una amplia doctrina espiritual que absorbera en su unidad las reivindicaciones materiales, absolutamente legítimas, y las que se fundamentan en la «realidad del corazón humano» — fuente de la devoción activa y del amor — podría dar a la revuelta de los explotados y subyugados la luminosa arma de la fe. Los partidos revolucionarios de Europa no comprendieron que la materia debe ser animada por la energía del espíritu; ellos son en parte responsables por la apatía que encuentran entre sus propios partidarios.

Pero, agregamos nosotros, los partidos así llamados dinámicos o totalitarios son además responsables — no por la «energía» y «disciplina» de sus partidarios, las que son más bien aparentes — sino por el culto de la fuerza, por el fetichismo de la violencia estatal que por sus guerras mundiales, llevó a la humanidad al borde del abismo. La única «fatalidad» de la cual deben cuidarse igualmente los pensadores activos, los filósofos para los cuales la idea de la libertad es también una regla de conducta en la vida, es la fatalidad de la política. Ya nos ha dicho un gran aventurero, Napoleón, «¡La política, he aquí la fatalidad moderna! ¿Por qué no comprenderán eso también los filósofos, para romper finalmente el círculo vicioso en el que se agitan desde tantos siglos los individuos y los pueblos?

EUGEN RELGIS

Obsesión de la sangre en la poesía de F. García Lorca

EL dramático desenlace de la vida de Federico García Lorca tendrá entre nosotros una resonancia angustiada que nos conmoverá profundamente siempre que hundamos nuestra frente en su poesía. Imposible leerlo sin sentir la honda impresión de su destino vertido ya proféticamente en sus poemas. Aquella obsesión de la sangre y de la muerte era la oscura mensajera que le enviaba, desde el fondo trágico de su alma andaluza su patética profecía.

A lo largo de toda la obra de García Lorca encontramos «un rastro de sangre, un rastro de lágrimas». Poco importa que su pensamiento, en infinitas ocasiones, huya hacia la gracia del arabesco lírico, combinando elementos de una exquisita y aérea fragilidad; el tema fuerte, al que vuelve siempre, es el drama, el drama que se resuelve ineluctablemente en pasión, en sangre, en muerte.

En la poesía de Federico García Lorca la sangre está como imantada y atrae ciegamente la inerte blancura de los cuchillos. El mito del acero y de la sangre es una larga obsesión que se desborda en la densa noche andaluza. Los hombres de rostro oliváceo y fino se quedan de repente en una calle muda, tendidos con los ojos como dos estrellas apagadas en la tierra, víctimas de la inexorable superstición del cuchillo

*...que apenas cabe en la mano
pero que penetra frío
por las carnes asombradas
y allí se para en el sitio
donde tiembla enmarañada
la oscura raíz del grito.*

La sangre recobra una resonancia mítica en el teatro de García Lorca. Se mezclan los brillos de la pasión y del acero con las ardientes reverberaciones de una tierra seca, ávida de agua y de sangre, fecunda en supersticiones trágicas que se explican en los desgarramientos del *cante jondo* y en el llanto íntimo y conmovedor de la guitarra. La guitarra no canta, llora:

*«Empieza el llanto
de la guitarra.
Es inútil callarla.
Es imposible
callarla.
Llora monótona,
como llora el agua,
como llora el viento
sobre la nevada.
Llora por cosas
lejanas...»*

Por cosas lejanas, que vienen rodando por los ríos de la sangre, como un son denso y oscuro, hasta el mismo corazón del hombre, «donde tiembla enmarañada la oscura raíz del grito.

El tremendo temperamento trágico de García Lorca había de ahondar hasta su mismo recóndito nacimiento el sortilegio de la sangre. Y debía hacerlo trascender hasta el umbral mismo de la realidad, pero no más lejos. Presencia de la sangre, sí, pero con toda su apariencia de remoto misterio, esa lejana apariencia que obsesiona más que la mancha misma.

*«¡Que no quiero verla!
Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.»*

Y, hacia adentro de los entornados ojos del poeta perseguido por la muerte del torero, una larga angustia caliginosa, de sol y de sangre, le

va dictando los fervidos versos de su elegía. La sangre del torero, invisible y presente, termina invadiendo la mente del poeta, la plaza, la multitud, todo. Está presente, con toda su trágica emoción, sin que nadie la vea.

♦♦

La muerte del poeta rubrica lamentablemente su hondo presentimiento del destino. Violentamente asesinado en Granada, en un fondo terriblemente familiar; la noche profunda, coronada de estrellas, los agudos cipreses espectrales y el aire tranquilo que se lleva en su seno los largos ecos del drama. Y es el drama lo que está aquí, golpeando insistentemente en nuestra frente, con la visión imborrable de la sangre inocente derramada. Que no podemos verla, pero que está presente: Como en su teatro. Como en sus poemas.

B. MILLA

Vicenti era familiar de Montero Ríos y Saint-Aubin de Canalejas. Morote era ruso honorario pesado; nadie podía hablar de Rusia sin su permiso. Burell, Moya y Francos Rodríguez eran los tres consabidos maestros del periodismo, y, sin embargo, desconocían el periodismo auténtico. Fue Moya gran cacique republicano y a la vez monárquico, y valedor de su yerno, Marañón. Burell escribió «Jesucristo en Fornos», que es un cuento muy aprovechable para llegar a ministro. Francos Rodríguez publicó, poco antes de morir, sus «Memorias de un gacetillero», reproduciendo con ternura de nodriza sentimental el mundillo de su época. Era Francos el primer comensal de la Monarquía y, naturalmente, acabó por ser presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, a la que puso piso la dictadura de Primo. Francos era médico, y nadie sabe qué diablos tiene que ver la Medicina con asistir a varios banquetes diarios y ascender a ministro, apoyado por su íntimo García Prieto, quien debió el encumbramiento a su suegro Montero Ríos, como Maura a su suegro Gamazo, como Romanones a su suegro Alonso Martínez, facedor de agravios y de códigos.

FELIPE ALAIZ

(De «Literatura y periodismo»)

El pensamiento vivo de José Prat

«Hay una hermosa tarea para los hombres de corazón. Luchar cuando se es multitud, vale poca cosa; luchar en el aislamiento, aquí y allá, tendiendo la mano al compañero de ruta, buscándose y encontrándose en el seno de la gran masa que dormita, eso es ya algo.

RICARDO MELLA

La sociedad actual, legado de nuestros bárbaros mayores, es una oda a la muerte.

★

La sociedad actual parece una compañía de exterminio mutuo; se mata al estómago, al corazón y al cerebro; mata el sable, mata el hisopo, mata el Código, mata el oro, mata el amor, mata el taller y el campo, el mar y la mina, la Bolsa y el lupanar; esta sociedad es un Saturno gigante devorando a sus propios hijos.

★

Presentemente, la palabra civilización es sinónimo de revólver, progreso de pauperismo, ciencia de desbarajuste económico, libertad de mordaza, justicia de compra y venta, derecho de fuerza material, igualdad de desequilibrio y fraternidad de cafrería.

★

En nuestro mundo la amistad anda con careta, el amor resulta un infierno de impurezas, la paternidad es malthusiana, la religión es un delirio y el ideal mora en presidio.

★

Se cree el hombre ilustrado y razona zurdamente; culto y miente por interés, por avaricia, por hipocresía y por miedo; bondadoso y se encierra en la glacial indiferencia ante el infortunio ajeno.

★

El león no devora al león; el tigre no ataca al tigre; el buitre no da caza al buitre; pero el hombre sí; el hombre, ser llamado superior, ha rebasado los límites de la bestialidad y extermina a sus semejantes, pues ni siquiera ve en ellos a sus semejantes; el hombre es el enemigo del hombre.

★

Todo individuo acaba por ser, en esta roñosa sociedad, hasta enemigo de sí mismo, y se suicida, cuando, en su impotencia, no le es dable eliminar a los que le estrujan.

★

El hombre solidario del hombre tiene que crearse aún.

★

Vivimos en el mejor de los mundos burgueses; firma el ministerial la nómina a fin de mes; van cobrando sus pagas los militares de profesión; engorda el fraile que es una bendición de dios; el capital embolsa sus rentas, ¿se quiere más?

★

¿Vivimos? He aquí una pregunta que me he formulado infinidad de veces, y a la cual mi razón ha respondido siempre negativamente; yo no sé, ni me importa saberlo en este momento, la interpretación que se haya dado a la palabra vivir en las edades pasadas; pero en nuestro siglo del vapor, de la electricidad, de la fotografía, del teléfono y de los rayos X, cuatro quintas partes, y me quedo corto, de habitantes de la tierra, vagan como **almas en pena** sobre la superficie del globo, viajeros extraños al vehículo que con velocidad sorprendente los transporta de un punto a otro desconocidos en el espacio.

★

La casi totalidad del género humano se ha elevado poquísimo grados sobre la primitiva animalidad; si por vivir se entiende comer, vestirse, reír a ratos, trabajar mucho y luego morir de viejos o de cualquiera otra cosa intempestiva, realmente vivimos, y convengo que así se ha vivido siempre; pero de igual modo puede decirse que vive el caballo, el buey, el carnero, el perro y otros animales domésticos uncidos al carro de la esclavitud, con la única diferencia de que éstos no rien y el rey de la creación sí, aunque a tontas y a locas como siempre.

★

Si por vivir ha de entenderse **saber**, saber lo que somos, dónde estamos, de dónde venimos y adónde vamos, ¡ah! en este caso, en pleno siglo de las luces, ya no vivimos, vegetamos y nada más.

★

Cubiertas apenas las más groseras y materiales necesidades, para la inmensa mayoría de los hombres huelgan por completo la ciencia, las artes y la filosofía.

★

Nadie niega actualmente, y al decir nadie hago caso omiso de la media docena de fanáticos del pasado que quisieran hacernos retroceder a la más primitiva ignorancia, la posibilidad y la necesidad de hacer extensivos a la gran masa el gran número de conocimientos adquiridos; como tampoco se niega la potencialidad de cada cerebro a su adquisición.

★

Civilización debe ser sinónimo de instrucción y no de ignorancia.

★

El privilegio, para vivir su vida de parásito, responsable de la ignorancia humana, condena a los demás a la fatiga, que no deja lugar ni tiempo para la escuela.

★

Toda nuestra organización social gira alrededor del mismo falso eje: **todo** para unos pocos individuos, **nada** para la inmensa mayoría.

★

No se trata por el momento de hacer de cada individuo un sabio, ni siquiera una especialidad profesional, sino de generalizar la instrucción, hoy limitada para la gran masa de trabajadores a una escuela de párvulos.

★

Arrojad a una isla en condiciones de habitabilidad a un millar de hombres completamente desnudos, desprovistos de todo, y aislados del resto de la tierra; no temáis que perezcan; al poco tiempo ya se habrán producido riquezas, pues para nada habrán necesitado al señor Capital.

★

Es el trabajo, únicamente el trabajo, quien crea las riquezas, ¿por qué, pues, es el capital y no el trabajo el dueño de las riquezas?

★

No hablemos de las ya lejanísimas revueltas de los esclavos, ni de las cruentas luchas que tuvieron que sostener, ni de los torrentes de sangre vertida, para demostrar que a las clases llamadas directoras les repugna el espíritu de justicia cuando éste viene patrocinando una innovación que choca con sus privilegios.

★

El altruismo de las ranas del Parlamento, despertando a última hora por los portazos con que amenaza la cuestión social, hace el efecto del altruismo del ladrón; el altruismo a lo Juan de Robres, mucho hospital y mucho crear antes los pobres.

★

La ingerencia del Estado en los conflictos entre patrones y obreros es altamente perjudicial, tanto

para el presente como para el porvenir de los trabajadores.

★

El Estado, engendro bastardo del cristianismo y del bárbaro derecho romano, es, como ha dicho muy bien el publicista Alfredo Calderón, un instrumento de muerte, cuando no de inmoralidad; confiarle los asuntos públicos, es matar la iniciativa individual y la espontaneidad de la acción pública.

★

Falta aire, mucho aire, aciclonado, que barra recio, hondo; que arranque de cuajo las hierbas ponzoñosas que, gracias a las complacencias de unos, a los embustes de otros, a las cobardías del charlatanismo y a la apatía de muchos, arraigaron en el corazón y en el cerebro de la gran masa, dificultándole la vista de los ideales, sumiéndola en la oscuridad de todas las ignorancias y en el indiferentismo de todas las creencias muertas.

★

Falta aire, mucho aire, aire de ideal que llegue a lo más hondo del cerebro y del corazón, purificándolos y saneándolos.

★

Basta de paliativos, basta de hombres-remiendos, basta de ñoñerías, basta de transigencias; nuevos ideales, mucho aire, aire puro, venido desde la virgen selva.

★

Todo se vuelve **tabú** en manos de los privilegiados: sagrada la religión, sagrada la monarquía, sagrada la república, sagrada la autoridad, sagrada la propiedad, sagrada la patria, sagrada la nación, sagrado el ejército, sagrada la ley, sagrada la magistratura, sagrado el matrimonio, sagrado el cementerio, sagrados hasta los trajes de los profesionales de determinadas instituciones, todo **tabú**, **inviolable**.

★

Investigad si la rana tiene pelo; cuadrad el círculo si se os antoja; buscad la piedra filosofal o el elixir de larga vida; contad los granos de arena que el mar cubre si vuestra paciencia es inagotable todo os será permitido, menos meteros ni acercaros siquiera a los lindes de lo consagrado **tabú**.

La labor que debe hacer la gente nueva de los amplios ideales, la que atrevidamente se encamina **verso la parte donde si leva el sole**, sin esperanza de recompensa alguna, es la labor fructífera de preparar la vida de las generaciones futuras, rechazando a los embustes religiosos, políticos y económicos que dificultan el advenimiento de todas las libertades naturales y sus consiguientes felicidades.

Selección de V. Muñoz

LA VIDA Y LOS LIBROS

«HISTORIA DEL FRENTE POPULAR»

por Víctor ALBA



ON 22 los libros escritos por este enamorado de la política. Este último podría decirse que es manojó de crónicas de bolchevismo internacional. Como análisis de «una táctica política», que así se subtitula, «Historia del Frente Popular» responde bastante bien. No es que creamos que el «frentismo» sea exclusivo de tal o cual época, pues remonta a tiempos perdidos, pero el de la época a la que el libro se refiere, reviste características muy singulares y obedece a una política de alcance jamás igualado.

A través de sus 290 páginas, V. A. nos presenta los hechos cotejados e interpretados. Claro que, él mismo nos dice que lo que importa no es eso último sino los hechos en sí, hasta el punto de que invita al lector a tener cuenta, sobre todo, de ellos y forjarse una opinión propia independientemente de la suya. Sin embargo, sus opiniones no carecen de valor.

Victor Alba adelanta sus interpretaciones. Es pues un diálogo que entabla con todos los lectores, sin duda, con vistas a una coincidencia. Si se obtiene, el libro tendrá doble objetivo y doble valor, pues que además de contribuir a la historia, sirve de enlace entre todos aquellos que, estudiosos sienten la necesidad de fundamentar su idea y su concepción política sobre bases amplias y universalmente examinadas.

«Historia del Frente Popular» merecería fuese respondido por todos sus lectores, emitiendo a su vez juicio sobre cada uno de los problemas que toca. Ello daría como resultado una especie de referendium sobre una de las facetas de la política internacional bolchevique cuyo éxito, decimos nosotros, se debe más a la flojez del resto de los humanos que a la inteligencia con la que hayan podido obrar sus autores e inspiradores.

De rebote, el libro de Victor Alba demuestra palpablemente que a falta de una línea de conducta, de un norte definido, en los hombres ajenos al bolchevismo con el cual se hubiese podido barrer la ruta al totalitarismo de Estado disfrazado de proletario, éste encontró la cama hecha, a la que contribuyeron todo el abanico de políticos, principalmente los socialistas, quienes, a pesar del atropello y traición, desde las primeras horas de la revolución en Rusia, contra todo el que no se sometió al dictado de los nuevos amos, fué durante decenios, codo con codo con el bolchevismo. Otros organismos y otras corrientes políticas, no por ser de menor importancia han dejado de contribuir, como el que más, para que la política rusa haya llegado a monopolizar casi todas las corrientes de oposición al mundo burgués.

Eso los españoles podemos decirlo con más razón que nadie porque es en España en donde el bolchevismo ha podido desarrollarse menos que en ninguna otra parte, y si algo avanzó en los últimos tiempos anteriores a 1939 no obedece más que a las mismas causas. Hoy sí; hoy, socialistas de todas las tendencias, republicanos y demócratas parece que están decididos a ver en el bolchevismo algo peligroso que hay que extirpar; algo que, de triunfar universalmente, reviviría y remozaría con creces la opresión oficial de antaño cuando todo, vidas y

haciendas, era propiedad de un conde. Conde que se llamaría comisario, quizá tovarich.

¿Que por qué en España el bolchevismo no avanzó como en otras naciones? ¿A quién se debe? ¿No será en todo caso al anarcosindicalismo? Que se repase la geografía política española, que se haga historia, y se verá en dónde, cómo y a quién el bolchevismo ganaba terreno.

Victor Alba nos dice que el Frente Popular, el «frentismo» en sí, es resultado de una debilidad política. Atribuye pues a la multiplicidad de partidos la causa de que el bolchevismo se haya desarrollado como lo ha hecho. Viendo Inglaterra, por ejemplo, o U.S.A., no cabe duda Pero lo que nosotros los anarcosindicalistas no llegamos a comprender es cómo se ha tardado tanto a conocer y a comprender cuál era la verdadera esencia y el verdadero fin del bolchevismo.

«La historia no presenta ningún caso de un frente que haya protegido verdaderamente a quienes lo componen». En política, esta afirmación debería ser examinada y compulsada totalmente pues que, de confirmarse, revolucionaria todos los conceptos político-sociales y todas las tácticas empleadas desde que existe la historia.

Mas en materia de frentismo, «Historia del Frente Popular» está escrito con delicadeza, destacándose en seguida la preocupación honrada del autor en ofrecer al lector materia de examen completa y fiel. El Frente Único fué una consigna exacta a la del Popular pero limitando la participación a lo estrictamente proletario. Con el último se abrian las puertas a la pequeña burguesía, siendo inmediatamente absorbidas por el inspirador, con una precisión matemática. Todo ello obedeciendo a las premisas leninistas según las cuales, sus adeptos deben participar en las revoluciones burguesas.

A los bolcheviques Victor Alba concede, a nuestro juicio exageradamente, una agilidad y una habilidad, no exenta de inteligencia, gracias a la cual han logrado éxitos de relieve.

Ni Marx ni Lenin habían previsto la revolución de 1917. Sólo después de las derrotas de Bela Kun, los intentos en Italia, el asesinato de Rosa Luxemburgo, etc., que desvanecieron la idea de revolución mundial, dice Alba, los bolcheviques se decidieron a iniciarla en un solo país, cosa que chocaba con todas las previsiones hechas.

En parte, fué este cambio de intención lo que motivó, el alejamiento y escisión del partido (B), a la muerte de Lenin, por un lado con Stalin en cabeza y por otro con Trotsky. Al menos, éste fué uno de los argumentos esgrimidos por los stalinistas para combatir al trotskismo.

Analiza el nacimiento del Frente Popular en Francia y la táctica llena de contradicciones aparentes del P. C. francés. Aparentemente decimos porque su objeto ha sido en todo momento el de erigirse en guía, cosa que alcanza repetimos, gracias a la benevolencia y condescendencia con las que siempre ha sido correspondido por sus correligionarios los marxistas. Pasa en revista, muy documentadamente cada uno de los bloques políticos inspirados por los comunistas, así en Europa, como en América, Asia y países africanos. La ventaja principal del bolchevismo, a ella le debe su situación actual, obedece a la cohesión con la que siempre se han presentado ante las masas, aunque para lograrlo hayan tenido que cortar o dejar cortar la cabeza de alguno de sus mejores militantes, y a la torpeza, la mala fe, la ruindad con la que la burguesía y el clero han reaccionado ante el despertar de los pueblos.

En cuanto a España, una victoria bolchevique se registró el día que la U.G.T. (socialista) permitió en su seno las actividades de los elementos que hasta entonces formaban la C.G.T.U. Después de ello, el bolchevismo creció al amparo de la rebelión franquista.

Un juicio apunta Victor Alba de la máxima gravedad, o por lo menos así se deduce. Respecto a los procesos de Moscú que acabaron con casi todos los revolucionarios (bolcheviques se entiende, pues los otros ya fueron eliminados sin proceso de ninguna clase) que quedaban en Rusia, confesándose todos culpables de traición, Victor Alba concluye: «Los intelectuales saben lo absurdas que son tales confesiones. Pero se callan, por sumisión al mito de la unidad, para no romper la alianza de las fuerzas antifascistas».

Tremenda responsabilidad de estos intelectuales, mezcla de cobardía y mezquindad que la historia juzgará con rigor merecido... o bien, impotencia eterna del intelecto y del corazón frente al uñazo de los fariseos, de la soldadesca, de la fuerza, anteayer representadas por los hunos, ayer y hoy por los otros. Y esta conclusión es todavía muy desoladora, pues a pesar de todo, la inmensa mayoría de los humanos desean el mutuo respeto y sólo cuando el conjunto deja de cumplir su misión de hombres, es cuando el bruto puede permitirse el lujo de extraordinarias degollinas de humanos.

Hitler, dice Alba, había destruido las ilusiones de los intelectuales. No, reducir a un nombre semejante acción nos parece que es caer en un simplismo que ciega la verdadera visión de las cosas. Hitler, era el representante de las fuerzas reaccionarias del mundo, era el instrumento. Pero sería torpe, de una torpeza imperdonable limitar a un criminal, todo el mal sufrido por la humanidad. La llegada de Mussolini al poder, como la de Hitler, como la de Franco, como la de Tojo, etc., no es obra

de unos emprendedores más o menos aguerridos, es la obra de una falsa educación y de la ausencia de una civilización verdaderamente humana y humanista. Si los criminales mencionados han podido provocar decenas de millones de muertos y la degradación de la especie, ello no hubiera podido ser si la humanidad laboriosa, manual e intelectual, supiesen organizarse internacionalmente y se decidiesen a prescindir de la brutalidad animal y primitiva, convertida en ciencia de la guerra y en política de opresión.

Sé que es muy difícil acabar con los brutos sin emplear sus mismos argumentos brutales, con lo que se corre el riesgo —y la historia está ahí para demostrarlo— de volverse más bruto que él, pero, precisamente por eso, si importante es descifrar los hechos, como magistralmente se hace en «Historia del Frente Popular», lo principal es buscar las causas, llegar al origen, hacer las deducciones pertinentes, identificar el mal y la culpa y encontrar el remedio para poner fin.

A ello contribuye, desde luego, sin decirlo, el libro de Victor Alba. En él se estudia a Lenin, Stalin e Hitler, principales animadores de la política que se critica: el triunfo del comunismo o, más bien, el triunfo del príncipe Maquiavelo; los extremismos como pretextos de represión; el pacto entre la G.P.U. y la Gestapo; el fascismo; el Partido Comunista Español; el tesoro español y el periódico «Ce Soir»; Sartre y la calificación de «compañero de camino», aspecto que todos deberíamos conocer, etc.

En fin, políticamente, «Historia del Frente Popular» vale tanto como un curso de alta escuela en la que se demuestra cómo y por qué ha ganado el bolchevismo las posiciones que tiene, convencido de que con ganar basta para tener razón.

M. CELMA

MADRID

Noticias de dos criminales de guerra

UNO es, según «La Dépêche» del 30-12-59, Ante Pavelitch, dictador croata, antiguo jefe del gobierno croata bajo la ocupación alemana. Ha muerto en el hospital de Madrid, pero se ha dado orden de no divulgar la noticia.

En el hospital incluso se negaban a confirmarla. «Hemos recibido orden de no decir nada sobre el particular», se limitaban a decir cuando se les preguntaba por teléfono.

No obstante, se ha sabido de buena fuente que el sujeto en cuestión había muerto el día 28 a las 4 de la madrugada de un ataque cardíaco.

¿Quién era este criminal?

Había fundado antiguamente la «Ustacha», organización terrorista que se oponía desde 1919 a la creación de la nación yugoeslava. Mussolini le ayudó en su tarea desde el

año 1929. Gracias al Duce pudo entrenar en Italia, bajo la dirección de la Ova, a millares de voluntarios croatas que se especializaban para actos de sabotaje y perpetuar crímenes. Son los ustachis quienes organizaron en Marsella el 6 de octubre de 1934, el asesinato del rey Alejandro de Yugoslavia y del presidente Louis Barthou. En 1941, la invasión de Yugoslavia por las tropas hitlerianas hizo de Pavelitch el dictador de su país. Su programa consistía en eliminar a los serbios en provecho de los croatas católicos. En cuatro años hizo exterminar más de 500.000 serbios, 46.000 judíos, 25.000 gitanos e incluso de millares de croatas ortodoxos (1).

... ¿Qué lleva usted en esa cesta,

(1) Desde luego, no llega al millón y medio como en España. — N.D.L.R.

ostras? (le preguntó un día el, escritor italiano Curzio Malaparte, según relato que reproduce en su libro «Kaputt»).

— No, son ojos de serbios, respondió tranquilamente Pavelitch.

Los «ustachis» y su jefe debieron salir de Yugoslavia a raíz de la retirada de la Wehrmacht. El ex dictador declarado criminal de guerra por el gobierno del mariscal Tito, vivió algunos años clandestinamente, hasta 1948 que reapareció en la Argentina protegido por Perón, gracias al cual publicó en Buenos Aires un periódico. Cuando el nuevo régimen de la Argentina lo expulsó en 1957, fué a España y entró en un convento de franciscanos.

Hasta aquí la noticia sobre un criminal, que relata «La Dépêche».

En cuanto al otro..., según noticias confirmadas, todavía vive.

MICROCULTURA

142. — Otro relato curioso de la Biblia: El sitio de Jericó tardó seis días. «Al séptimo sus sacerdotes hicieron sonar las trompetas y las murallas se desplomaron». Puede leerse la Biblia como libro escrito por una colectividad de dementes.
143. — El 10 de mayo de 1940, muchos alemanes que ahora son «republicanos» en su tierra, invadieron al mando del tirano Hitler los países de Holanda, Bélgica y Luxemburgo.
144. — Ramón Mesonero Romanos, escribió «Las memorias de un setentón».
145. — Si se colocaran los caminos carreteros de Estados Unidos en línea recta, circundarían la tierra más de 122 veces.
146. — En 1682 murió en Sevilla Bartolomé Esteban Murillo, gran pintor español.
147. — Los astrónomos hallan dificultad en calcular los movimientos de la luna, porque ésta se encuentra muy cerca de la Tierra.
148. — Irlanda tenía en 1850 el doble de la población que tiene ahora.
149. — En Hawái hay más de cincuenta variedades de plátanos.
150. — Madrid fué la ciudad española que se hizo famosa por el asedio de los «nacionalistas» españoles durante la guerra civil de 1936 a 1939.
151. — Nace en 1783 en Nueva York el historiador Washington Irving, autor de una «Historia de Cristóbal Colón». Falleció en 1859.
152. — Animales y vegetaciones que vivían hace millones de años son encontrados frecuentemente bien conservados dentro de piezas de ámbar.
153. — La «piridina» es una base orgánica que se extrae de los huesos calcinados y se usa en medicina.
154. — La «Historia de los orígenes del cristianismo» fué escrita por Ernesto Renán, filólogo e historiador francés (1823-1892).
155. — La China está bañada por los siguientes mares: mar Amarillo, mar Oriental y mar de la China.
156. — Se puede reducir en un 15 por 100 el costo de la calefacción hogareña, rodeando la casa de árboles, que actúan como paravientos.
157. — Nace en 1784 Rafael de Riego, un general español que hizo fusilar Fernando VII. Gran españolista, motivó que Huerta le compusiera un himno que lleva su nombre y que, andando el tiempo, pasó a ser el himno nacional de la República española.
158. — Muere en Viena en 1897, Juan Brahms, compositor alemán nacido en Hamburgo en 1833; talento original y profundo.
159. — Los rayos descargan su fuerza eléctrica con preferencia sobre los árboles aislados, en tierras altas, profundamente arraigados en suelo húmedo.
160. — De «La Dama de las Camelias», de Alejandro Dumas, sacó Verdi su libreto para la ópera «La Traviata».
161. — La célebre sátira «Los eruditos a la violeta» fué escrita por José Cadalso (1741-1782).
162. — Terranova está aumentando el uso de su propia producción de madera. Actualmente funcionan en aquel remoto país unos 700 aserraderos.
173. — Euristeo, rey de Micenas, impuso a Hércules los doce trabajos para deshacerse de él (Mitología).
164. — Ahora se puede explicar la presencia de huevos de otras aves en los nidos de las gaviotas de California: estas mismas aves suelen robar huevos y llevarlos a sus propio nidos, usándolos a veces para alimentar a sus pollitos.
165. — En tiempos normales, Europa suele sembrar cerca de la mitad del área mundial de patatas.
166. — Nace en 1578 el descubridor de la circulación de la sangre, W. Harvey, ilustre médico inglés fallecido en 1658.
167. — En 1801 aparece «El Telégrafo Mercantil», primer periódico argentino.
168. — Suiza, con sus montañas siempre cubiertas de nieve, ha venido dependiendo casi totalmente de la importación de carbón y coke.
169. — Checos se llaman los eslavos de Bohemia, Silesia y Moravia.
170. — La mayoría de los terremotos es inofensiva porque ocurre en el fondo del mar. Sin embargo, algunos levantan tal oleaje que llegan a las costas y causan enormes daños.
171. — Los expertos dan el nombre de «asiento de la muerte» al asiento al lado del conductor del automóvil.
172. — Galgas, se llaman las cintas que sujetan algunos zapatos a las piernas.
173. — En el escolasticismo medieval dominaban los principios de Aristóteles.
174. — Flanear quiere decir callejear, pasearse sin destino fijo.
175. — Las ciudades principales de Asturias son Oviedo y Gijón.
176. — En 1898 los norteamericanos invadieron Puerto Rico. Hoy tal país es un «Estado asociado» de la Unión. El único donde se habla idioma español.
177. — Los sismólogos dicen que la tierra se sacude unas 85 veces por día. En su mayoría, estos sacudimientos son pequeños, pero tanto para qué no los registre la sensibilidad de los sismógrafos.
178. — En Etiopía se hicieron «iglesias» talladas en bloques de roca.
179. — Marcelino Menéndez y Pelayo escribió la difundida antología de poetas líricos españoles. En 1911 constaba de trece tomos.
180. — El único que reconoció a Ulises en su regreso fué su perra Argos (Mitología).
181. — Los norteamericanos se empeñaron, pero fracasaron, en darle el nombre de «Aspiwall» a la ciudad panameña de Colón.
182. — El Museo Metropolitano de Arte de Nueva York abrió sus puertas al público en 1872.
183. — Dido, belleza de la antigüedad, prefirió darse la muerte antes de ser infiel a su amado fenecido.

PROSA DE AYER Y DE HOY

Gobiernos y gobernantes

LA causa, ya antigua, de nuestros males, es la falta de cabeza allí donde debe de estar la cabeza. ¡Con la mejor compañía de cómicos se representa muy mal una comedia si no se distribuyen bien los papeles. Un tipo de los más perniciosos que puedan existir en una sociedad es el «el hombre de conocimientos generales», eufemismo con que se encubren la osadía y la ignorancia, y a este tipo están confiados en España todos los negocios públicos. Un buen médico, un excelente farmacéutico, un notable matemático, hasta un abogado que estudie a conciencia las leyes, están incapacitados de hecho: son especialistas, hombres técnicos, que no pueden «abrazar en su totalidad los arduos y complejos problemas de la política y de la administración». Para abrazarlos se necesita tener una cultura más general. Y a falta de hombres que posean realmente esta cultura — ¡¡¡¡¡son en España los gobernantes que la poseen —, vienen a ocupar el hueco los que tienen traza de listos, y parecen capaces de dominar toda clase de cuestiones, aunque por el momento las desconozcan.

Este tipo lo encuentro yo por primera vez en nuestro período de decadencia, en las postrimerías de la casa de Austria. Un historiador que nos ha juzgado con justicia severa e imparcial, lord Maucaulay, lo retrata con exactitud: ignorante y vano, indolente y orgulloso, viendo hundirse su nación y creyendo detener el derrumbamiento con una mirada despreciativa y altanera. Nuestra decadencia era irremediable, porque habíamos abarcado mucho más de lo que nuestras fuerzas nos permitían; pero no hubiera sido tan completa, si en vez de hombres decorativos hubiéramos puesto al frente de los negocios hombres de valor real, que, a no dudarlo, los teníamos. Con nuestro torpe sistema conseguimos, es verdad, que pasara a la historia la altanería castellana, de que tanto se ha abusado después; pero esa altanería era ya la contrahecha, sinónima de hinchazón, no la legítima, la altivez noble, brava y audaz de los conquistadores.

Y parece que estamos condenados a padecer eternamente bajo el poder de los hombres decorativos; era natural que al quedarnos arruinados desapareciera la especie; pero, según hemos visto, no ha hecho más que transformarse: ahora es el que, no pudiendo pasar de aprendiz en ningún oficio, se declara maestro en el arte de gobernar; es el que, demasiado ignorante para desempeñar cargos pequeños, «está indicado por la opinión» para los altos cargos; es el funcionario que, con la frente preñada de conceptos brillantes, se encierra en su gabinete para resolver los «arduos problemas» y si le vemos por el ojo de la cerradura, está entretenido en hacer pajaritas de papel.

(«Idearium español»)

ANGEL GANIVET

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
- «Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
- «Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
- «Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
- «Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
- «Ni víctimas ni verdugos»: Alber CAMUS, 100 fr.
- «Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

COLECCION «CENT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.
- «El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
- «Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
- «Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELISEN, Carlos CAPIERO, 130 fr.
- «La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
- «Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
- «Crítica anarquista de la sociedad actual»; Profesor ITICICA, 50 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Horas de lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
- «Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos), 1.650 francos.
- «El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 600 francos.
- «De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 francos.
- «Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 600 fr.
- «Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
- «Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHA-RAVIGLIO, 630 fr.
- «Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.
- «Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.
- «Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 1.000 francos.
- «El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 900 fr.
- «Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.360 francos.
- «Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.
- «Límites y contenido de la metafísica»: Pedro SAN-DENEGUIER, 750 fr.
- «La Conquista del Pan»: Pedro KROPOTKIN, 350 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

- «El sexo en la civilización»: Varios autores. Introducción de Havelock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
- «La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.

- «La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
- «Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.
- «La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.
- «Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
- «Manual del matrimonio»: H. y A. Stone, 500 fr.
- «El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 960 fr.
- «Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.
- «Tipos psicológicos»: C. G. Jung, 630 fr.
- «El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.
- «Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
- «Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
- «Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
- «Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARA-NON, 600 francos.
- «El niño delincuente sexual y su evolución ulterior», Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
- «El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
- «La inversión sexual»: Havelock ELLIS, 200 fr.

BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común»: Yoritomo TASHI, 450 fr.
- «Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El arte de pensar»; Ernest DIMMET, 450 fr.
- «La educación de sí mismo»; Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
- «Método práctico de autosugestión y sugestión»; Paul C. JAGOT, 450 fr.
- «El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUDES, 450 francos.
- «La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
- «Cartas a su hijo»: Conde de Chesterfield, 450 fr.
- «La alegría de vivir»: O. Swet MARDEN, 450 fr.
- «El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

- «Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
- «Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.
- «Tácito», por Gastón BOISSER, 420 fr.
- «Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
- «Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.
- «Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
- «Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABBRI, 600 francos.
- «Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
- «Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
- «Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
- «Stuart Mill», por H. TAINE, 600 fr.
- «Froebel», por G. PRUFER, 420 fr.
- «Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
- «Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
- «J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)

Ayuntamiento de Madrid